

NOVIEMBRE 20 DE 1911

63ª REUNION. CONTINUACION DE LA 5.ª SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. JOSE MARIA VEGA

Diputados presentes: Acosta, Agote, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Anchorena, Arias, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Beltrán, Bouquet, Bréard, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Cernadas, Conforti, Correa, Cordero, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheopar, Ferrer, Fraga, Freire, Frías, Galigniana Segura, García, García González, Goenaga, González Bonorino, Guasch Leguizamón, Guevara, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lavié, Lezica, López (P. C.), López Mañán, Loza, Lubary, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Meyer Pellegrini, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moreno, Moyano (F. J.), Mugica, Oliver, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Olmedo, Padilla (E. E.), Parera (F. M.), Parera (R. A.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pera, Pérez Virasoro, Pinedo, Revilla, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Varela, de la Vega, Vernazza, Vocos Giménez, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candiotti, Gómez, Gonnet, López (M. E.), Ortiz.—**Con aviso:** Bonifacio, Cantón, Carranza, Etcheverry, Maza, Moyano (R.), Padilla (M. M.), Paz (M.), Saavedra Lamas, Serrey, Sosa Carreras.—**Sin aviso:** Alsina, Bejarano, Calderón, Fonrouge, García Vieyra, Garrido, Lassaga, Leiva, Pinasco, Rivas, Santamarina, Tenreiro, Terán, Vergara.

SUMARIO N.º 63

- | | | |
|--|---|--|
| 1 | 5 | Aprobación de un proyecto de ley abriendo un crédito suplementario al ministerio del interior por 60.000 pesos para gastos de la policía de la Capital. |
| Mensaje del Poder ejecutivo y proyecto de ley: creación de nuevos servicios postales, telegráficos y telefónicos , y reforma de la actual tarifa postal y telegráfica. | 6 | Aprobación de un proyecto de ley abriendo un crédito suplementario al ministerio del interior por pesos 69.309.57, para gastos de la policía de la Capital. |
| 2 | 7 | Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de reforma de la ley electoral. |
| Mensaje del Poder ejecutivo con observaciones á 108 proyectos de ley referentes á pensiones y jubilaciones. | | |
| 3 | | |
| Diversas peticiones particulares. | | |
| 4 | | |
| Moción de preferencia, aprobada, para dos proyectos de ley acordando dos créditos suplementarios al ministerio del interior. | | |

Sr. Presidente—Está en discusión.
Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Desearía conocer, desde que es un asunto que se va á tratar con tanta rapidez, cuáles son las razones que ha tenido la comisión para aconsejar su despacho.

Debo prevenir que me toma de sorpresa la resolución de la honorable cámara de tratar estos asuntos. He venido aquí, teniendo entendido que lo único en discusión es la ley electoral. De manera que no tengo ningún antecedente y no sé cómo podría votar un asunto de esta naturaleza, careciendo de la información necesaria al respecto.

(Creo que los antecedentes han de existir en la comisión, y por consiguiente considero justa mi indicación de escuchar las razones que ella ha tenido para producir su despacho en esta forma.

Sr. Ministro del interior—Pido la palabra.

Me parece que el miembro informante de la comisión no está presente. Se trata de dos asuntos de los cuales uno —no puedo precisar si éste—se refiere á racionamiento...

Sr. Calvo—El otro, señor ministro.

Sr. Ministro del interior—... y el otro á vestuario, ó á la inversa; pero ambos responden á necesidades evidentes.

Se han efectuado los gastos para racionamiento...

Sr. Calvo—Y se deben.

Sr. Ministro del interior—... se deben y es necesario pagarlos. Lo mismo pasa con el crédito relativo á vestuario: no se había tenido en cuenta que los capotes no podían durar eternamente. Hace tres años que se consignó una partida para ese objeto, que está completamente agotada. No había fondos, pero los capotes eran indispensables para completar el vestuario de invierno, y se hicieron. Es menester, pues, pagarlos.

Sr. Presidente—Se votará.

—Se aprueba en general y en particular el despacho en discusión.

6

CRÉDITO SUPLEMENTARIO AL MINISTERIO DEL INTERIOR

A la honorable Cámara de diputados.

La comisión auxiliar de presupuesto ha estudiado el proyecto de ley pasado en revisión por el honorable Senado, abriendo un crédito suplementario al departamento del interior por la cantidad de (\$ 69.309.57) sesenta y nueve mil trescientos nueve pesos con cincuenta y siete centavos moneda nacional, con destino al refuerzo del inciso 5.º, ítem 22, del anexo B del presupuesto general vigente; y por las razones que dará el miembro informante, os aconseja su sanción.

Sala de la comisión, septiembre 21 de 1911.

M. E. López—P. A. Guevara—Carlos Serrey.

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de diputados, etc.

Artículo 1.º Abrese un crédito suplementario al departamento del interior por la cantidad de (\$ 69.309.57) sesenta y nueve mil trescientos nueve pesos con cincuenta y siete centavos moneda nacional, con destino al refuerzo del inciso 5.º, ítem 22, del anexo B del presupuesto general vigente.

Art. 2.º Este gasto se hará de rentas generales, con imputación á la presente ley.

Art. 3.º Comuníquese al Poder ejecutivo.

Dado en la sala de sesiones del Senado argentino, en Buenos Aires, á 7 de septiembre de 1911.

V. DE LA PLAZA.
B. Ocampo.
Secretario.

Sr. Presidente—Está en discusión.

—Sin observación se aprueba en general y en particular el despacho que antecede.

7

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente—Continúa la discusión sobre la reforma de la ley electoral.

Sr. Anchorena—Pido la palabra.

Para decir, señor presidente, lo menos posible, á la altura en que se en-

cuentra el debate parlamentario, con el objeto de fundar mi voto de manera clara y simple, á favor de la lista incompleta.

Y antes de entrar á la discusión, quiero precisar mi situación en frente del señor ministro del interior, y la mía propia dentro de la cámara.

He escuchado y leído todo lo dicho por el señor ministro del interior; y conociendo su caballerosidad, y los patrióticos propósitos que informan su criterio político, no me he preocupado de ver si sus palabras han ido más lejos que su pensamiento, porque el señor ministro nunca discutiría la dignidad constitucional de esta cámara, porque sabe que la mitad de su representación salió de los mismos comicios en que fueron electos los colegios electorales que votaron la presidencia del actual jefe del Poder ejecutivo.

En lo que á mí respecta, lo que me incomoda, cuando lo recuerdo, es que he llegado á esta cámara votado en un comicio que desertó la oposición, y esta situación, que se lleva una gran parte de la satisfacción que me causa el honor de ocupar esta banca, no quiero que se repita para nadie en adelante, si es posible conseguirlo dentro de los términos de la Constitución, y si así lo quiero, es porque no puedo aceptar para los demás lo que á mí mismo me molesta, y entonces pienso que si en las elecciones de marzo de 1910, hubiera regido la lista limitada ó la lista incompleta, yo me sentiría, dentro de la representación constitucional que ejerzo, con una expresión más democrática.

Ante los ciudadanos que concurrieron á los comités cuando las asambleas de mi partido proclamaron mi candidatura, hice profesión política de varios propósitos; y entre ellos manifesté que me ocuparía de tratar de conseguir que dentro de los términos de la Constitución nacional, las minorías pudiesen llegar al parlamento.

Por eso, señor presidente, he adherido á los propósitos de reforma electoral de que informa el proyecto traído á la cámara, por iniciativa del Poder ejecutivo de la Nación.

¿Cuál ha sido la forma en que el Poder ejecutivo ha presentado este proyecto?

Me va á permitir la cámara que lea, para no alterar los propios términos en que ha venido, el mensaje del Poder ejecutivo que dice así:

«Mientras la Constitución nacional no sea reformada, tampoco es posible pasar directamente y de una vez á la representación de las minorías. Dentro del sistema electoral á pluralidad de sufragios impuestos por la Constitución, el Poder ejecutivo ha creído que cabe á título de ensayo preparatorio de la reforma definitiva, el sistema de lista incompleta que se comprende en el proyecto adjunto. En todo caso, los sistemas de representación de las minorías exigen, para su buen funcionamiento, una sólida organización y una perfecta disciplina en los partidos políticos, de lo que estamos aún muy distantes, y para lo que puede ser una preparación el ensayo ídeal del sistema que en el proyecto se propone.»

El concepto de la reforma está comprendido en estos términos, y la extensión de la misma, ampliada hasta el voto obligatorio, está perfectamente establecida en el programa del señor presidente de la Nación.

Hago constar que digo «presidente de la Nación», porque así lo expresa el artículo 74 de la Constitución.

«El voto obligatorio ha contado en toda hora con mi simpatía, no como sistema y como escuela de un deber inexcusable de la ciudadanía, sino como reforma á nuestras prácticas fundadas en la inercia de esa función substancial á todas las democracias. He manifestado antes de ahora, que no es bastante garantizar el sufragio, sino que necesitamos crear el sufragante, sacándolo del obscuro rincón de su egoísmo á la luz vivificante de las deliberaciones populares; y si cada nación ha de adoptar las instituciones conducentes á reparar sus infortunios, yo no encuentro ninguna reacción más apremiante, que la que tiene por objeto el voto público.»

Acepto, señor presidente, los conceptos del mensaje del presidente y los términos del programa del candidato, y dentro de ellos paso á estudiar la reforma proyectada por el Poder ejecutivo.

La Constitución nacional ha sido interpretada en la discusión habida en esta cámara, por unos, de una manera restrictiva, tomando sus términos literales

y estudiando las cuatro reglas de los cuatro preceptos que para la organización de la cámara establece el artículo 37.

No quiero repetir lo que ya la cámara sabe y que ha sido discutido de una manera amplísima. Tengo el mayor respeto por la opinión de los que creen que el artículo constitucional debe interpretarse tal cual resulta gramaticalmente de sus términos y del contexto aritmético de sus expresiones; pero no acepto absolutamente semejante interpretación.

Entiendo yo, señor presidente, que la Constitución nacional, dentro del juramento que yo he prestado de respetarla, no establece más limitación á mi espíritu de legislador que la que nace de sus limitaciones propias. Cuando ella dice «no», no es posible obligarla á decir «sí». Pero dentro de las reglas que ella establece, mi espíritu de legislador no tiene otro límite que el bienestar de la patria y la prosperidad del país! (*¡Muy bien!*)

Con ese criterio, yo acepto toda la interpretación, aunque sea lo más amplia posible; todo lo que condiga con la pluralidad de votos, todos los sistemas que puedan dar la pluralidad me satisfacen. Ninguno de ellos repugna á la Constitución, dentro de la interpretación en que yo entiendo que debemos tomar el artículo 37.

He asistido con mucho interés á este debate, y la exposición más contundente que he escuchado, á mi entender, es la que hizo el señor diputado por Córdoba, doctor Peña, cuando estudió el origen histórico de esta disposición constitucional, en que rastreando la pluralidad, al través de toda la evolución de las disposiciones constitucionales en nuestro país, llegó á la conclusión de que, por más fuerza que se quiera ha-

dos los que caben, en fin, dentro del distrito electoral que elige.

Con este criterio, yo manifiesto categóricamente que todos los sistemas, tanto el voto uninominal como la lista incompleta ó lista limitada—que es más propio decirlo así para evitar confusiones—como el voto acumulativo y cualquier otro sistema que pudiera encontrarse dentro de la pluralidad, cabe perfectamente en los términos de la Constitución.

Ahora bien: tengo que estudiar lo siguiente: no puedo decir que siga la lista actual porque ésta da el resultado que ya he expresado: la incomodidad constitucional que me causa.

Por otra parte, he contraído un compromiso de procurar, dentro de la Constitución, que se reforme este precepto, que da lugar á este hecho; pues que no deseo para los demás lo que no quiero para mí mismo. Y entonces, declaro que elimino de la discusión el sistema de la lista total ó de la lista completa.

Voy á estudiar, decía, cómo dentro del concepto de reforma, de la manera como ya lo he expresado, del voto obligatorio, puede entrar el voto uninominal.

No oculto, señor presidente, que después de la exposición del señor diputado doctor Costa, uno se siente francamente apretado en sus convicciones, diré, porque ha expresado con una sinceridad tal que se revelaba en todo su semblante la manera cómo este sistema, que ha rastreado en la mente de todos nuestros hombres de pensamiento político y especialmente de los hombres que han llegado al gobierno, es el máximo de la expresión política de un ciudadano. Y cuando al propio tiempo se refería á todos los grandes países que están á la cabeza del movimiento político, que tienen expresiones

es imposible dentro del concepto total de las cosas.

Por lo pronto, yo no acepto en manera alguna, y confieso que repudia á mi sinceridad democrática, sancionar un sistema que dé el resultado que produjo entonces. Aquí, en esta Capital, centro de la actividad política del país entero, concurren á los comicios 19.963 votantes. Los señores diputados que ocuparon sus bancas representaban en el conjunto de sufragios 7774. No puedo negar que este número de 19.963, no actuando entonces más que una parte de las circunscripciones de la Capital, en las cuales fué dividido el distrito total, establecen de una manera categórica que hubo un movimiento serio de opinión: el voto uninominal sacó de la tranquilidad y de la apatía general á muchos que antes no votaban. No hay la menor duda; bajo ese punto de vista es indiscutible la eficacia del voto uninominal; pero yo rechazo que una ley que haya dado este resultado, pueda seguir rigiendo una democracia.

Asevero, señor presidente, que si el sistema del voto uninominal en cualquiera de los países que han citado como sus progenitores, ese resultado se produjese, al día siguiente esa ley estaría completamente derogada.

He querido rastrear disposiciones,—no estando resuelto á entrar al debate,—y no he encontrado elementos suficientes en las respectivas leyes inglesa y norteamericana, pero puedo decir que la ley francesa establece de una manera categórica, dentro del principio del voto uninominal, que los diputados no serán electos sino á mayoría absoluta de los sufragios llevados al comicio.

Entonces, sí, comprendo el voto uninominal, porque comprendo que es la mayoría absoluta de los votantes la que decide, pues de otro modo no resulta

sis (*Risas*) que le queda tan bien en sus convicciones políticas, que si esa ley se hubiese ensayado por segunda vez, nadie la habría sacado, no hubiera habido nadie tan osado para desencajarla de su hondo arraigo que habría tenido entre nosotros. Estoy convencido, que el día que las minorías se hubiesen posesionado del Congreso, no habrían dictado ley alguna que hubiese permitido que las mayorías absolutas pudieran llegar á él. No me cabe la menor duda.

Ahora bien; yo acepto el voto obligatorio dentro de la ley conocida del voto uninominal, que creo es la única manera como podría establecerse.

¿Cómo se arreglaría esto? Unas circunscripciones, dentro de la división del distrito, elegirían, las otras no elegirían. Quiere decir lo siguiente: que y el voto obligatorio no podría hacerse efectivo dentro de las circunscripciones respecto del distrito.

Con esto creo que está fracasado el su iniciación, el principio de la reforma que se trata de establecer, por medio del voto obligatorio, las prácticas democráticas.

Así, pues, si éste ha de ser el resultado de los hechos realizados en su primer ensayo, y si, por otra parte, encuentro que, dada la subdivisión del distrito, no se puede establecer el voto obligatorio, no tengo más remedio que rechazarlo. Hago todos los esfuerzos por adherir con mi simpatía y con mi pensamiento á lo que el señor diputado por Buenos Aires trajo en la exposición que hizo del sistema; y francamente, á pesar de los esfuerzos para que mi espíritu entrara encaje en esa conclusión, no puedo conseguirlo.

Debo confesar, señor presidente, que á mí tampoco me satisface la lista incompleta, pero creo que desgraciada-

quedan incluidos de acuerdo con la proporcionalidad de su expresión política.

No oculto que si esta ley de la lista incompleta llegara a sancionarse, sino fracasara, lo que puede suceder, no tengo la convicción de que vaya a resolver el problema de nuestra democracia. ¡Absolutamente! Faltaría a la sinceridad de mi conciencia, si dijera a la cámara que tengo la plena seguridad de que con esto se corregirá nuestra democracia. Pero sí, digo, que esto va a acelerar la reforma de la Constitución, que considero va a ser indispensable, y en la reforma no se tocarán más que ciertos sistemas: ó la representación proporcional ó el voto uninominal, estableciendo que el distrito elija totalmente, de modo que en cada elección se haga una división ad hoc, de acuerdo con el número de candidatos que deban elegirse en cada renovación parcial de la cámara, y al mismo tiempo, que ningún candidato podrá ser diputado si no tiene mayoría absoluta de votos. Es la única manera que yo encuentro, para que tengamos una democracia seria. Más: me atrevo a avanzar en este punto, que la gran dificultad con que tropieza la democracia para que llegue a alcanzar el paralelismo con el progreso general del país, es la célebre pluralidad de votos de la Constitución, que todos tenemos la obligación de respetar.

Refiriéndose a la democracia y estudiándola, el señor ministro decía: «¿Cuál es la situación de nuestra democracia? ¿Cuál es la situación de nuestra vida pública? El espíritu cívico está muerto, nuestra democracia es nula, el pueblo no vota.

«Hay poderes constituidos, sin embargo; hay gobiernos en las provincias y en la Nación, hay congreso y legislaturas, compuestos todos de hombres distinguidísimos; y sin embargo, la democracia, el pueblo, tiene cierta decepción y desabrimiento respecto de este Congreso tan dignamente compuesto... ¿Por qué? Porque no ha sido elegido en comicios sanos sino por un sistema ya corrompido y desfigurado».

El señor diputado por Buenos Aires dijo: «La democracia está muerta, porque el pueblo no vota».

Bien, señor presidente: cuando yo escuchaba al señor ministro del interior,

me parecía exacta su indicación: la democracia existe, pero no tiene eficacia, no se desenvuelve como queremos que se desenvuelva.

Cuando el señor diputado por Buenos Aires decía: «La democracia está muerta», y narraba después a la cámara, cómo cuando era gobernador de la provincia de Buenos Aires, para que ésta ocupara el primer sitio, su rol de entidad prominente dentro del orden político de la mecánica constitucional de la República, levantaba la candidatura del actual presidente, yo pensaba para mis adentros, que si en aquel entonces el gobernador de Buenos Aires hacía eso y los gobernadores de las otras trece provincias hacían lo propio, en ese momento la democracia constitucional moría, por más que yo crea, señor presidente, en su inmortalidad dentro de la vida sin término de la Nación!

Cuando el señor diputado por Buenos Aires dice: «es mucho más fácil hacer una imposición que veintiocho imposiciones», refiriéndose a la situación electoral de la provincia de Buenos Aires, yo debo manifestar que no estoy de acuerdo absolutamente con él... porque una imposición que abarca un campo tan grande, que es tan absoluta, exige un esfuerzo colosal y es además un acto tan visible que sería de dudosa eficacia, en tanto que veintiocho imposiciones, manejadas con discreción, con tino, mediante compensaciones, hacen mucho más fácil un resultado igual y evidente.

Cuando veo, señor presidente, que con motivo de esta cuestión se trata de las «máquinas» ya sea de la grande, la que interesaba a mi distinguido colega por Córdoba doctor Roca, ya sea de las otras menores, de las que se ocupaba mi distinguido colega por la misma provincia, doctor Peña, a mí me llamaba la atención la manera cómo parece que funcionaban ó que han funcionado. Hoy día ya se ha establecido que las «máquinas» podrán funcionar; pero ¡cuidado! no vayan a ser víctimas de su propio funcionamiento.

Respecto de los partidos políticos, soy un convencido: no se improvisan; los partidos no se hacen como se quiere, ni cuando se quiere. Los partidos son formados por los acontecimientos, como los han hecho en otra época las ideas:—

unitarios y federales,—como los ha hecho en otros momentos la opinión pública, aquí en la Capital, dividiéndose en grandes grupos que han actuado decididamente, con programas de principios, en la vida política del país. Pero hoy, que todos esos grandes problemas no interesan ya, los partidos serán formados fatalmente por la influencia de otras causas; porque la democracia tendrá que moverse, en virtud del voto obligatorio, y al ponerse en acción, no tendrá más remedio que agruparse a fin de formar mayorías ó minorías, pero siempre con el propósito de llevar sus hombres al gobierno.

La democracia se moverá, y los partidos, grandes ó chicos, tendrán necesariamente que formarse.

Para concluir, señor presidente, y en resumen, puedo decir que la lista ha dado grandeza material pero no virtudes suficientes para hacer vivir con prestigio y dignidad a la democracia argentina, y que el voto uninominal en su primer ensayo electoral, si bien dió actividad al comicio, trajo todas las minorías al Congreso, siendo imposible su aplicación con el voto obligatorio, é inverosímil aceptarlo con el criterio de la pluralidad. Por eso, entré a este debate con una opinión, y salgo de él, con la convicción, de que dentro de la pluralidad de la Constitución, lo único que podemos ensayar, para la eficacia de las mayorías y en obsequio de una minoría, es votar la lista incompleta.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Olmedo.—Pido la palabra.

Vengo a sostener, señor presidente, la lógica de mi voto en favor de una política grande, grande sobre todo porque es oportunista, condición indispensable de las políticas que triunfan.

Esa política ha sido preconizada por el señor presidente de la República desde sus primeras palabras de candidato; ha sido confirmada en su programa inaugural al prestar juramento ante la asamblea nacional, que representa la voluntad del país; esa política tiene principio de ejecución en los hechos; esa política ha hecho la confianza pública en la palabra y en la conducta del presidente de la República; esa política ha tranquilizado los espíritus y ha pacificado los partidos ó las agrupaciones que amenazaban reivindicar por la violencia

los derechos que pretendían eternamente conculcados; esa política está, pues, triunfando, y la demostración de que es buena está en la aceptación universal de la conducta del que la ha iniciado, y tiene que responder forzosamente al pensamiento generador y llegar a las finalidades. ¿Cuáles son ellas? No nos anticipemos al porvenir; pero escrútemos con imparcialidad y con franqueza el presente.

Desde luego, la política del señor presidente de la República tiene como concurso indiscutible la opinión de los indiferentes, que forman legión.

Es sabido el escaso porcentaje que en la población nacional señalan aquellos que toman participación ó que se interesan en la vida política del país. ¿Por qué hemos de hacernos ilusiones? La política, la alta política misma, la que comprende la ciencia y el arte del gobierno, la que trata de reglar los fenómenos de la sociedad en el presente y en el porvenir, la que resuelve en definitiva de la suerte de las naciones, de la felicidad del pueblo, ni esa política siquiera interesa sino a un porcentaje mínimo de la población nacional.

Y bien, señor presidente: la política presidencial ha tenido la virtud de interesar a los indiferentes. ¿Por qué? Acaso porque ha llegado en el momento oportuno y ha tenido la suerte de inspirar, desde luego, una confianza absoluta en la sinceridad del iniciador.

Antes de ser candidato, este ciudadano era reconocido como uno de los más intelectuales con que contaba la clase dirigente. Su vida acreditaba capacidades para la gestión de los negocios públicos, que el país usó en distintas posiciones; pero, sobre todo, él llegó a conquistar una reputación incuestionable de caballero. Esto reside sin duda en la calidad más noble de la especie. Se ha dicho ya que el carácter es superior al genio en el sentido de que el genio deslumbra y que sólo el carácter subyuga. Pero no es el caso; el presidente de la República no quiere subyugar a nadie, pero sí quiere, y está decidido, a evitar que nadie sea subyugado. (*¡Muy bien!*)

Estas características de este ciudadano han justificado plenamente su elevación a la primera magistratura de la

República, á tal punto que si la coincidencia de las fuerzas políticas dirigentes no hubieran encontrado indispensable levantar su nombre para este cargo, las pequeñas máquinas y la gran máquina, todos los mecanismos de nuestra vida práctica, de nuestra vida política positiva, hubieran forzosamente inclinado su fuerza hacia la misma solución de que hoy goza el país. Culminaba entre los intelectuales, entre los capaces y como he dicho antes, entre los que tienen carácter, entre los que hacen abnegación de sus propias aspiraciones y de su propio éxito para no contaminarse, para no contradecirse, para no claudicar, para mantener siempre alta, por el concepto de la propia dignidad, la noción del patriotismo, velando por la felicidad pública.

Bien, señor: este presidente hace objeto de su programa, de su política, la reforma electoral. Ya hemos dicho que la opinión le acompaña, y es bueno señalar de paso que la opinión pública, por razones que todos los señores diputados conocen y que no es honrado ocultar, no nos acompaña á nosotros.

Esta casa no es sonora; esta casa apenas si llega á las sonoridades del escándalo, cuando se habla del palacio de oro, que ha costado veinticinco millones de pesos, que se suponen malgastados, no obstante ser la tercera parte de lo que ha costado la obra semejante de Viena, la mitad de lo que cuesta la casa Blanca de Washington, y no la comparo con los palacios que en Francia y en Inglaterra tienen igual destino, porque son monumentos seculares cuyo costo no se puede apreciar.

Pero los debates de este parlamento, las opiniones en él vertidas, que representan el pensamiento que debería irradiar en el país, eso no tiene sonoridad. El «Diario de sesiones», que es la versión de las opiniones y de los discursos y que podría llevarlos á todos los ámbitos del país, apenas si se reparte en un número limitadísimo de ejemplares, y de esto tenemos nosotros la culpa originaria, porque escasamente le damos una expansión de ocho ó diez mil ejemplares, cuando debía ser el vocero de la cámara, el que nos defendiera de mil incongruencias que nos atribuye todos los días la prensa, bien ó mal in-

tencionada, unas veces por tendencia, otras veces por error.

Señor presidente: la voz del Congreso no repercute en los ámbitos del país; sus opiniones no interesan á la masa; sus debates, después de pasada la primera hora en que suena un poco la palabra vibrante de un brador, desaparecen del recuerdo, no sólo de los habitantes de la nación lejana, sino de los de la Capital misma, teatro de sus sesiones.

Respecto de la Capital, hay que decir en verdad que es tan múltiple, tan variada la vida de esta gran metrópoli, que son tantas las ocupaciones que solicitan la atención y el empeño de la voluntad de los hombres, que apenas si éstos encuentran un momento libre para dedicar á las cosas públicas.

En los salones no se habla de política. No tenemos los salones de los legitimistas franceses ni de los imperialistas; no tenemos ni siquiera las tertulias de lady Washington; no tenemos las antiguas conversaciones y charlas amenas de los hogares porteños y provincianos, de cuando Buenos Aires no era nada más que la más grande de las provincias. En los salones no se habla política. ¿Y en los teatros? ¿qué ha de hablarse política! En los entre actos se conversa de todo: del negocio del día, de la novela de moda, á veces de cosas más subalternas, aunque más amenas, de la gracia de una artista ó de la piroeta de una bailarina.

Pero este abandono de la cosa pública, esta falta de gusto para ocuparse de la cosa pública hace naturalmente un vacío alrededor de esta asamblea que representa el pensamiento del país.

No sucede esto alrededor de la presidencia, y de ahí la diferencia de situación que en la opinión pública nacional hay entre el Congreso y la presidencia.

A la presidencia todos la tienen presente. El presidente es el *Deus ex machina* de todo el movimiento político, administrativo, económico y social del país, y cuando el presidente de la República, además de las características de su investidura, tiene todavía, para agregar á su influencia, el hecho de ser descendiente de una familia de abuelo, de ser un caballero atrayente,

lleno de facetas amables, que le hacen solicitado y agradable en cualquier sitio y en cualquier salón, entonces el presidente de la República no es solamente más que un César por la Constitución, sino que es casi un Dios, y esta circunstancia se realiza en el actual presidente.

Véase, pues, cómo la política iniciada por el presidente de la República en condiciones tan favorables para hacer camino en la opinión del país, debe por ese solo hecho, merecer al Congreso gran respeto y gran consideración.

Yo, para mí, que cualesquiera que sean mis facultades combatientes, que cualesquiera que sean mis inclinaciones á la crítica y al análisis, he encontrado que hasta constitucionalmente, la política del presidente no debe ser contrariada por el Congreso, ni siquiera estorbada, si queremos—como sé que queremos todos—realizar una mejora positiva de nuestra vida cívica, y llegará la finalidad, para la cual la ley electoral y la democracia activa no son sino medios: la felicidad del pueblo.

Esta presidencia, señor, como había dicho, la ha hecho objeto central de su programa, la tarea del día, según la frase tomada del Eclesiastes, formulada en el mensaje, y ratificada por el señor ministro.

Y bien, está en la verdad. Nuestros progresos en el orden económico, en el orden científico mismo, en el orden educacional, en el orden militar, en el orden administrativo, han ido en constante desenvolvimiento. La riqueza está conquistada aunque no esté consolidada, aunque necesite leyes que la afiancen para más tarde; la educación no está suficientemente extendida, pero estamos en el camino de extenderla á todos los ámbitos más lejanos de la República, haciendo de ella la primera palanca de la nueva era democrática que nos espera y que todos anhelamos.

Pero la política estaba positivamente atrasada, era positivamente retardataria, la política se hacía, se hace, exclusivamente alrededor de las máquinas. Y todas aquellas bellas luchas á que el señor diputado por Buenos Aires hacía referencia en su ágil, en su ameno, en su emocionado discurso, no eran sino

luchas de máquinas chicas contra grandes, de las chicas entre ellas, algunas veces muchas chicas contra una grande. Y esta grande no era en aquellos tiempos una sola, sino que eran dos: el gobernador de Buenos Aires y el presidente de la República.

Pero, democracia, luchas verdaderamente democráticas, no las hemos tenido sino por accidente. De manera, que llegar á conseguir que las luchas democráticas del comicio sean realmente ileas que se chocan, intereses que pugnan por triunfar y prevalecer, representaciones de masas de opinión que se presentan de carne y hueso en los atrios para hacer triunfar, con su voto, las opiniones de los que las acaudillan, ese es un desiderátum de la hora presente, ese es un programa político. Asegurar, por consiguiente, todos los actos preliminares de la elección, caracterizar el voto, librarlo en lo posible de los peligros de la abstención y de la venalidad, he ahí una tarea, he ahí un programa político de gobierno.

Llegamos á los sistemas. Probablemente, si el presidente de la República hubiera tenido la amabilidad de invitarme á discurrir con él sobre sistemas electorales, le hubiera dicho con franqueza que prefiero el escrutinio de circunscripción ó mejor dicho, el voto uninominal.

Ya lo defendí con empeño, con decisión, en aquel debate que se puede llamar los prolegómenos de la reforma electoral en el país, porque hasta entonces, por más que los presidentes argentinos y los hombres públicos de más volumen hubieran prestigiado la reforma, nunca había llegado á triunfar en ninguna de las cámaras del Congreso.

Por primera vez en aquella ocasión, un núcleo de diputados que hacíamos oposición al gobierno de ese momento, ó que por lo menos estábamos alejados de sus influencias, presentamos á triunfar en la Cámara de diputados el voto uninominal. Pasó al Senado la reforma y allí murió.

Fueron los adversarios de la reforma los que diez años después, tras estudios y meditaciones muy detenidas, presentaron é hicieron prevalecer el sistema en las dos cámaras del Congreso.

Tengo, pues, mis preferencias teóri-

cas en favor del voto uninominal; las tengo hasta por los defectos del sistema.

Soy yo un poco individualista, como el señor diputado por la Capital, mi elocuente amigo el doctor Carlés. Creo yo que así como en este país no se ha despertado todavía el espíritu de asociación sobre materias financieras, comerciales, industriales, de explotación de las riquezas naturales del país, aunque sí se ha avivado el espíritu individual de cada hombre que trabaja por labrar su bienestar y realizar su fortuna, así en política, la hora presente señala como característica, como psicología del alma nacional, la dispersión.

De modo que la circunscripción, que es acusada de deshacer los partidos, de disolver los núcleos de opinión de los pueblos, tiene para mí en esta hora, esta ventaja: realizaría, practicada lealmente, la extirpación de los pseudo-partidos, que están usurpando el sitio á los que han de venir ó á los que pueden venir más tarde.

Es curioso, sin embargo, que en esta hora todos estemos empeñados, hasta el presidente de la República, en pretender una ley, que si no dé origen, por lo menos suscite la aparición de nuevos partidos.

¿Pero si eso es imposible, señor presidente!

Los partidos con razones históricas, con razones idealistas, han desaparecido del escenario nacional, no es posible que se presenten: no hay unitarios ni federales, no hay provincianos ni porteños, no hay proteccionistas ni librecambistas, porque, como dijo muy bien el señor diputado Carlés, el librecambio y el proteccionismo no son en el mundo más que idealidades de los libros y de las cátedras; en la política práctica no hay estadistas proteccionistas ni librecambistas: no hay más que eclécticos. Se ha caído en cuenta por el sentido universal, de que estas discrepancias radicales, que no admiten transacción refiriéndose á cosas eminentemente prácticas y que afectan los intereses materiales de la vida, no se pueden llevar al gobierno, porque el hacerlo hasta constituiría un delito.

Por lo tanto, no son banderas esas para los partidos argentinos.

¿Cuáles serán las banderas de los

partidos argentinos del porvenir? No lo sabemos. No se puede predecir. Pero seguramente este anhelo por tener partidos en una hora como la presente, en que no aparecen las causas para formarlos es una verdadera incongruencia en que todos estamos incurriendo, desde el presidente de la República hasta los que desde estas bancas están buscando que esta ley suscite partidos.

¿Son acaso indispensables para el gobierno? No lo prueba la hora presente. No tenemos un gobierno ideal; pero tenemos un buen gobierno.

¿Qué partido gobierna? ¿El señor presidente de la República no ha comenzado por declarar que su propio partido, aquel que lo ha llevado á la presidencia de la República, según el sentir general, no era un partido apto para el gobierno; que él no podía gobernar con él, y que él quiere mantener la equidistancia de los partidos para hacer el gobierno de la Constitución?

Pero supongamos que esa no fuera la situación de ánimo del presidente de la República, que el presidente de la República se imaginara que podía gobernar con la suma de estos partidos, con la coalición de todos estos partidos, ¿cómo sería el gobierno? ¿No sería un gobierno incongruente, el gobierno de los potros de Macepa que cada uno tiraba para un rumbo distinto, sin preexistir vínculos de ideas y de intereses, sin tendencias en todo lo que constituye la médula de las sociedades humanas?

¿Por qué habíamos de hacer entonces una ley que tuviera por propósito suscitar partidos si ellos resultan innecesarios dentro del escenario actual?

Ya llegará la hora en que ellos nazcan, crezcan, se desenvuelvan.

Y es de notar aquí una circunstancia muy curiosa de diferenciación con otras naciones, en donde el escrutinio de lista ó el escrutinio de lista incompleta, ó el voto uninominal están actuando. La verdad, la pura verdad, como lo voy á demostrar, es que nadie está en posesión de una verdad absoluta cuando afirma que un sistema electoral es mejor que otro.

¿Qué pasa en Francia? En Francia, pasa alternativamente lo que el señor diputado por la Capital dijo en la última sesión, con una reminiscencia muy completa. Alternativamente los hom-

bres dirigentes de la Francia piensan que es necesario pasar del escrutinio de lista á la circunscripción y de la circunscripción al escrutinio de lista. ¿Por qué? Por que los estados sociales de la Francia hacen indispensable en un momento determinado la coalición de intereses, la coalición de tendencias políticas para hacer posible el gobierno; porque en otro momento determinado, la concentración, el espíritu centralista es tan vigoroso, es tan fuerte, cierra tanto los círculos del gobierno, que es necesario dar expansión, abrir las válvulas y dejar que vengan los intereses y los representantes regionales de todas partes á formar la asamblea nacional que delibera sobre todos los asuntos que interesan á la Francia.

En los Estados Unidos se explica perfectamente que el voto uninominal sea incommovible, por dos razones fundamentales: en primer lugar, porque la Cámara de diputados se renueva totalmente cada dos años; y en segundo lugar, porque los partidos políticos tradicionales de los Estados Unidos, gobiernan de un extremo al otro las elecciones, son dueños de los comicios: triunfa el uno, triunfa el otro, siempre se tiene la representación de una mayoría y de una minoría: los que son minoría en Nueva York son mayoría en Chicago, y los que son mayoría en Filadelfia son minoría en Minnesota. En una palabra, la Constitución americana está articulada por partidos: la elección uninominal es la única que cuadra para la realización de ese propósito que está encarnado en las costumbres americanas; no es posible que haya ninguna otra forma de escrutinio en los Estados Unidos que la circunscripción y la votación uninominal. No tiene tampoco ningún peligro, no puede tenerlo. ¿Por qué? Porque hace la rotación alternativa de los partidos en el gobierno y les asegura á ellos y al país el gobierno de los selectos, el gobierno de la oligarquía formada por los inteligentes, por los capaces, por los ricos, por los emprendedores y por las nuevas fuerzas que salen de la democracia pugnando por subir, por alcanzar un peldaño tras otro hasta remontarse á la cumbre.

Y aunque no iguales, en algo nos parecemos á la gran República, porque desde la Independencia somos una oli-

garquía de intelectuales. ¿Cuándo ha gobernado el pueblo en la República Argentina? ¿En la Junta de 1810? La revolución la hicieron los jefes más caracterizados de la guarnición de Buenos Aires, que pertenecían casi todos ellos á la aristocracia de Buenos Aires y de las provincias; la revolución se hizo con las fuerzas armadas para sostener al virrey, y por consiguiente, la dominación de España.

¿Quiénes concurrieron á los cabildos abiertos? Los personajes de la ciudad. ¿Y el pueblo? El pueblo apareció como en los coros griegos, como aparece siempre entre nosotros, sugestionado por los oradores más ó menos persuasivos y cauderos, para ser el marco del movimiento que era eminentemente oligárquico. Eran los criollos, eran los nativos distinguidos rebelándose contra la dominación de los españoles, distinguidos también, que constituían su oligarquía relacionándola con el gobierno central de la madre patria.

Después, sin excepción, la República Argentina ha sido gobernada por oligarquías: en cada provincia una oligarquía; la suma de estas oligarquías hacía la gran oligarquía nacional.

Cuando la Capital de la República se ha consagrado como un hecho definitivo: cuando ella ha remido en el poder central del gobierno nacional las fuerzas propias y las de todas estas oligarquías, entonces la oligarquía ha tomado caracteres extraordinariamente fuertes, irresistibles; entonces no se dejaba filtrar un rayo de esperanza para aquellos que no estaban comprendidos en una oligarquía local concordante. Eso fué lo que se llamó en un tiempo la liga de los gobernadores, y que puede ocurrir cualquier día, porque intereses análogos, aspiraciones idénticas, necesidades semejantes pueden vincular una porción de provincias entre sí, ¿y quién llevaría la gestión de esta concordancia, de esta inteligencia? ¿Pero los gobernadores, con el círculo que los acompañaría, haciéndoles legislaturas y opinión pública! Eso no es más que una alianza oligárquica.

Estas oligarquías han hecho imposible el acceso á la vida pública á una porción de hombres que merece tomar parte en la gestión de los intereses públicos. De modo que eso es necesario

combatirlo, por todos los medios posibles al alcance del poder público, único capaz de iniciar esta reforma del actual procedimiento político que, radicando en la ley, se ha incrustado en las costumbres en una forma tan fuerte, tan vigorosa que solamente un presidente... romántico, se le llama, iluso, le dicen otros, abnegado le llamo yo... que solamente un presidente abnegado, sintiéndose con la suma enorme de autoridad que le da la investidura y que le da su desinterés, se atreve a atropellar contra todo esto que es el pasado y el presente del país.

¿Para buscar qué? Ninguna satisfacción personal. ¡Pero si nada es más cómodo, dentro de esta oligarquía nacional, formada por las oligarquías particulares, que la situación de presidente de la República!

Sr. Padilla (E. E.)—Yo le llamo la atención que en muchas provincias, desde diez años á esta parte, casi todos los grupos políticos han pasado por el gobierno. De manera que no veo dónde está esa oligarquía nacional tan fuerte y tan formidable que ha impedido el acceso al gobierno.

Sr. Olmedo—Señor presidente, yo sé cómo son los turnos de la oposición por el gobierno.

Sr. Padilla (E. E.)—Por la lucha en muchas provincias...

Sr. Olmedo—¡Sí, como en la del señor diputado, que tiene características muy curiosas, como las que voy á señalar á la cámara! Tucumán es la provincia argentina en que mejor está caracterizado el espíritu feudal español, en lucha con la democracia, que es una aspiración de la República.

Sr. Padilla (E. E.)—Está muy equivocado el señor diputado.

Sr. Olmedo—En Tucumán, señor presidente, la gran fortuna está en manos del cañero, como se le llama vulgarmente. Cada ingenio es un condado y en ese condado no hay más que un señor que vive en palacios, con luz eléctrica, con agua caliente y fría, con todas las comodidades del confort y de la opulencia; mientras que abajo no se ve más que el pechero que trabaja de sol á sol, y que en los días domingos no tiene más esparcimiento que jugarse los pocos pesos que ahorra en la semana.

para volver á trabajar el lunes, siempre con la misma esperanza de volver á jugar el domingo próximo, para quedarse otra vez sin nada...

Sr. Padilla (E. E.)—Está equivocando! Tiene honrosas luchas cívicas.

Sr. Olmedo—... porque el obrero, allí, acaba siempre por dejar en el almacén del establecimiento, los pocos ahorros, resultado de sus salarios! (Aplausos en la barra).

Y en Tucumán, donde el señor diputado dice que han pasado todos los partidos por el gobierno, lo que sucede es que los que están en la oposición aborrecen á los que están en el gobierno, á quienes maldicen y denigran.

El señor diputado, tan caballeresco, tan íntegro, tan noble, ¡si conociera las opiniones que suscita entre otros de sus comprovincianos!

Sr. Padilla (E. E.)—En la lucha democrática, los hombres deben discutirse como las ideas!

Sr. Olmedo—¡No es la lucha democrática! Es la lucha de predominio, la lucha de hombre á hombre. El que está en el gobierno, lo retiene porque es suyo, y el que está en la oposición, lo defiende como cosa que considera propia.

Sr. Padilla (E. E.)—Por honor del pueblo argentino, no se puede aceptar lo que ha dicho cuando lo interrumpí!

Sr. Olmedo—Por honor del pueblo argentino, es preciso decir la verdad!

Sr. Padilla (E. E.)—Está muy equivocado el señor diputado!

Sr. Olmedo—No estoy equivocado. Estoy en la verdad!

Sr. Presidente—Sirvase dirigirse á la presidencia el señor diputado.

Sr. Olmedo—El señor presidente me ha de perdonar que yo me haya acalorado un poco al contestar la interrupción del señor diputado, á quien miro con tantas simpatías, con las merecidas simpatías de que él disfruta en el seno de la cámara y cuya inteligencia sagaz y atildada me produce siempre el efecto que en la sala de armas causan esos esgrimistas brillantes que hacen juego increíble de destreza y de finura, excitando al adversario aunque no le toquen.

Esta vez el señor diputado—me ha de permitir que se lo declare con modestia—no ha tocado la cuestión. Yo no afirmo que no haya elementos para una

democracia real y sincera en el país. Lo que afirmo y sostengo es otra cosa distinta: afirmo y sostengo, que en el gobierno y en la oposición, los gobernantes ó los que aspiran á serlo, no han constituido sino oligarquías parciales, que han venido en resumen á formar una gran oligarquía general.

El país no está representado, y es una prueba que el señor diputado no podrá rectificar, que no están representados los industriales, ni los fabricantes, ni siquiera los hacendados, en una proporción equivalente á la importancia que tienen en nuestra riqueza pública.

Sr. Luro (P. O.)—Ni podrán estarlo nunca por el sistema de lista incompleta.

Sr. Agote—¡Jamás podrán ser representados en esa forma!

Sr. Varela—¡Qué linda defensa de las circunscripciones está haciendo el señor diputado!

Sr. Olmedo—¡Qué agradable es que alguien nos encuentre razón! Es una palabra de consuelo que me envía el señor diputado por Buenos Aires, cuando afirma que hago una linda defensa de las circunscripciones.

Lo que yo estoy haciendo, señor diputado, es una defensa de la reforma en general, porque lo que interesa ante todo es la reforma, en la cual todos coincidimos: es necesario reformar esta ley, que hemos experimentado que lleva en sus entrañas fuerzas incoercibles, por las cuales se substraen á la representación nacional la expresión de mayorías que pueden diferenciarse sólo en una unidad.

En esto coincidimos todos, y cuando prestigiaba la fórmula electoral de mis simpatías, de mi predilección, es natural que entrase en el terreno de los que quisieran ver implantada la circunscripción y el voto uninominal.

Ya he dicho que el señor presidente de la República es el *Deus ex machina* de esta reforma. Es necesario persuadirse de que si él no la acomete ni la sustenta y no la hace triunfar, esta reforma ni surge ni prospera. Eserutémonos con sinceridad nuestra propia conciencia. ¿Qué habríamos votado este año sin la iniciativa del Poder ejecutivo respecto á leyes electorales? ¿Hay algún señor diputado que haya hecho una tentativa, ni siquiera pla-

tónica, en favor del proyecto de circunscripciones que presenté hace dos años, cuando ese proyecto tenía todavía la buena voluntad declarada del gobierno de aquella época, que un mes antes había expresado su voluntad de ir á la reforma de la ley actual?

Sr. Roca—¿Qué hizo el gobierno, que tenía la mayoría exclusiva, por apurar la sanción de ese proyecto?

Sr. Olmedo—Sería lo mismo que hizo la oposición en el gobierno del doctor Quintana, cuando los mismos que habían sancionado y sido elegidos por la ley de circunscripciones, fueron los que votaron en contra de éstas para suprimirlas, porque el presidente Quintana lo quería.

Sr. Roca—¿No fueron todos!

Sr. Olmedo—¿Los mismos!

Sr. Roca—¿No fueron todos!

Sr. Olmedo—¿Los mismos! Alguna excepción que hubiera no destruye la regla.

Sr. Roca—¿Cómo sería la regla si la cámara se había renovado por mitad!

Sr. Olmedo—Casi todos volvieron.

Sr. Roca—Se trataba de una cámara distinta.

Sr. Olmedo—Votaron todos los que habían formado parte de la cámara anterior, más los reelectos.

De manera que siempre habría tenido una mayoría muy escasa la reforma de la circunscripción para pasar á la lista. ¡Y no fué así! ¡Fué casi unánime la votación! ¿Por qué? Porque mediaba la voluntad del presidente. ¡Si no le hago un cargo á la Cámara de diputados! El señor diputado sabe con qué franqueza trato estas cosas...

Sr. Roca—¿Me permite una interrupción?

Sr. Olmedo—Digo nada más que estas reformas no son viables cuando no vienen prestigiadas por el empuje del poder fuerte del presidente de la República, que al fin y al cabo es el único poder eficiente en la República Argentina, por la Constitución misma!

Sr. Roca—¿Me permite el señor diputado?

Si yo le he interrumpido en este instante y no antes, á pesar de las numerosas disidencias que tengo con las expresiones de su exposición, ha sido porque me he sentido aleanzado como diputado al Congreso y como partidario del siste-

ma de circunscripciones, por el cargo formulado por el señor diputado de no haber hecho nada por obtener la sanción de la ley proyectada por el señor diputado por la Capital. Era la evidencia de que la promesa contenida en el envío de ese proyecto de ley no llevaba la intención firme y sincera de ser cumplida, lo que ha obstado para que los diputados del gobierno y de la oposición estimularan en el seno de la cámara la sanción de la reforma.

Sr. Olmedo—Yo tengo mucho gusto en que me interrumpan los señores diputados...

Sr. Agote—;Ese proyecto ha tenido despacho de comisión!

Sr. Escobar—;No se puede juzgar intenciones!

Sr. Roca—;En materia política se puede juzgar todo!

Sr. Presidente—Ruego á los señores diputados se sirvan no interrumpir al orador.

Sr. Olmedo—Señor presidente: yo tengo la palabra; permito todas las interrupciones, que me son muy agradables, pero no permito que me tomen la palabra. De manera que por turno, á cada uno le daré su lugar.

El señor diputado no tiene razón. El señor diputado no sabe que en ese gobierno tan difícil y por lo mismo tan calumniado del doctor Figueroa Alcorta, que ha tenido la abnegación final—¡la abnegación final!—de hacer un presidente, ó de contribuir á hacer un presidente, ó de permitir que se hiciera un presidente del que no podía esperar sino la cortesía y el respeto, pero nunca la sumisión, que ese gobierno del doctor Figueroa Alcorta era un apasionado partidario de las circunscripciones. Era una convicción personal del presidente de la República y aún más, era la previsión de una conveniencia política. El presidente Figueroa sabía que cuando bajara del poder, la circunscripción dejaría una puerta abierta á sus amigos, á los amigos de su predilección, lo que no le dejaba la lista: sabía que era mucho más fácil tener amigos suyos en la Cámara de diputados por la circunscripción, que por la lista completa.

¡No! El gobierno del doctor Figueroa era sincero partidario de la circunscripción. No halló ambiente y lo absorbie-

ron otras cuestiones de mayor urgencia y de mayor oportunidad. Esa fué la razón por qué ni insistió en su sistema.

El señor diputado por Entre Ríos doctor Hernández hizo alguna gestión á este respecto, si no me equivoco. Me invitó en aquel tiempo á hacer reuniones para propiciar la opinión de algunos señores diputados. Todo fué inútil, la circunscripción no tenía ambiente, como no tendrá ambiente nunca, no siendo una reforma ó una idea que apasione la conciencia nacional, reforma que no venga prestigiada por el Poder ejecutivo.

Porque ya lo he dicho, señor, y tengo necesidad de insistir en este concepto: el presidente de la República, entre nosotros, lo es todo: los otros poderes no son más que frenos, no son más que controles, no son más que pesos de equilibrio, y todas las iniciativas, todas las virtualidades residen en este poder que la Constitución ha hecho enorme.

¿Qué hemos de hacer contra esta evidencia, si es así?

El presidente de la República ha sido siempre la expresión de la voluntad nacional en la hora de su elección, como Urquiza después de Caseros. Mitre porque era la conjunción de la hegemonía porteña con las armonías de la nación reconstituida, viniendo de las provincias en forma de adhesiones de las oposiciones para derrocar al gobierno local que había dejado la Confederación. Sarmiento la expresión genial de la intelectualidad argentina, imponiéndose á los cacicazgos y capataces electorales para contrarrestar la candidatura que parecía impuesta ó próxima á imponerse por el general Mitre en la persona de Elizalde. Avellaneda, por su habilidad política, como la personalidad más inquieta, más cariñosa, que se metió por todos los requieios y en todas las formas, para hacer una propaganda incansable de resultados inesperados para él mismo. En la metrópoli, los diarios se reían de Avellaneda. Avellaneda llegó, sin embargo, á la presidencia siendo eminentemente representativo del sentimiento provinciano.

Y el general Roca? El factor del engrandecimiento del territorio, del engrandecimiento efectivo con la conquista definitiva del desierto, el jefe de

un gran partido, y todavía, por añadidura, el símbolo visible de todos los que querían la solución del último problema institucional de la República: la capital definitiva.

Véase el origen y el génesis de las presidencias y cómo esos hombres han sido indiscutiblemente la representación nacional.

¿Y Quintana? Quintana es la coincidencia de los votos y de las aspiraciones de la metrópoli, teniendo que transar con las opiniones y tendencias del interior de la República, personificadas en el partido nacional, que no podía levantar un candidato propio, ni prescindir de la opinión de la Capital.

Deliberadamente, señor presidente, he omitido dos presidencias, dos presidencias infortunadas en la historia política de la República, desempeñadas por dos hombres de mi provincia natal: la de Derqui y la de Juárez Celman, porque tienen caracteres propios que yo quiero señalar con mi habitual franqueza cuando discuro sobre cosas públicas.

Derqui, que había sido el pensamiento, la acción de la confederación, el jefe real del gabinete, que era realmente el que hacía el gobierno, puesto que el general Urquiza residía en San José; Derqui, cuya historia anterior era una sucesión de sacrificios desde la época en que era secretario de Paz y que sufrió con él las consecuencias de aquella lucha titánica contra la tiranía; Derqui, que era la personificación de la mentalidad del gobierno de la Confederación, se imponía, debía ser el presidente que sucediera á Urquiza. Y Juárez, que era, que había sido la cabeza y el nervio de la lucha en favor de Roca y de la solución de la cuestión capital en Buenos Aires en el interior de la República, debía ser, naturalmente, el sucesor de Roca, para consoldar la obra de esta presidencia histórica, especialmente la capital definitiva de la República, que si tenía sus leyes primarias no estaba consolidada en la conciencia nacional, y era necesario que esto se consumara.

Y bien: estas dos presidencias fueron la expresión más genuina de la voluntad nacional de su tiempo. ¿Pero por qué fracasaron? Arduo problema. No he de omitir yo, sin embargo, que

á la par de sus errores contribuyó decisivamente para su fracaso parcial el estar todavía muy próxima la presidencia de sus antecesores. Antecesores que eran el vencedor de Caseros, uno, otro, el vencedor del desierto y realizador de la capital definitiva y jefe del gran partido; la influencia de los antecesores era muy grande y estos dos hombres tuvieron necesariamente que incurrir ó en los enojos de la opinión ó en los desabrimientos de los progenitores. Esto sólo ya era un conflicto que debía traer la desunión, la descomposición, la anarquía del mismo partido gobernante, y como consecuencia la caída de aquellos presidentes.

Es evidente, señor presidente; por la Constitución, por las costumbres, por la suma de facultades de que dispone, por el enorme prestigio que ante la democracia real, es decir, ante el pueblo, asume el presidente de la República, que este poder que se llama ejecutivo nacional es el que puede modificar las leyes, las costumbres y los hábitos en un momento histórico, para realizar obras de carácter científico, de carácter práctico ó de carácter institucional.

No es posible disentir de esta opinión, aunque se disienta de la manera cómo se ejecutan, cómo se realizan los planes. De manera que un Congreso que, como el presente, esté animado de esta resolución inquebrantable, decidida, porque es consciente, porque es razonada, de acometer la reforma, tiene que coincidir con el Poder ejecutivo de la Nación, para que la reforma sea posible, sea real. Este Congreso tiene forzosamente que deferir sobre todas las cuestiones secundarias y resignarse á sancionar el voto obligatorio, que realmente, como decía mi distinguido colega y compromezino el doctor Ferrer, es una ecración molesta, que parece que quitara al ciudadano el uso de un derecho, para imponerle una obligación, aunque si se piensa que esta función es seguramente un deber moral, la obligación es menos violenta, menos desagradable. Es necesario que consintamos en el voto secreto... antipático para mí. El voto secreto es el voto cobarde, el voto secreto es el voto vergonzante: hasta como estratagema, hasta como añagaza, para burlar al comprador de votos, no me

gusta. Pero yo quiero darle al Poder ejecutivo, quiero darle al presidente de la República los medios reales, los medios prácticos de realizar su programa; yo no puedo ponerle cortapisas, porque mañana él puede decir al parlamento y con razón: «Pero, señores: Ustedes han aplaudido la idea de la reforma, ustedes la han aceptado; pero si me dan otros medios que aquellos que yo he escogitado después de honda meditación para realizarla, ustedes me imposibilitan en la práctica para alcanzar el propósito común».

Quiero que la reforma llegue y que el Poder ejecutivo la realice: de manera que renuncio, no sólo á las disconformidades, sino á las críticas, que aquí, en familia, puedo hacer, para que quede como una constancia de que si me equivoco, es por virtud patriótica, porque tampoco tengo ningún interés en ser partidario, ni del Poder ejecutivo ni del presidente de la República.

¿Qué me puede dar el presidente de la República? ¿Alguna posición administrativa? No la codicio. ¿La reelección en esta banca? Eso sería desmentir su programa y no lo haré, pero aunque pudiera hacerlo! Señores diputados: cuando se ha sido diputado veinte años y cuando se ha llegado temprano á la cámara, con todas las ilusiones de la vida, con todas las esperanzas en el porvenir y en la gloria, y se ha visto que desde estas bancas no se llega á ninguna parte, que, en todo caso, lo que se alcanza es una notoriedad efímera, que no se llega ni siquiera al ministerio...

Cualquier diputado puede llamar á un ministro, hacerlo sentar en ese asiento, lo puede fulminar, lo puede anonadar, y el ministro sale de aquí y es ministro; y el diputado que ha acreditado su competencia, su destreza para manejar la gestión que le está encomendada al ministro, no es llamado á ocupar el ministerio.

Sr. Escobar—Pero se sirve al país de cualquier manera.

Sr. Olmedo—Eso es otra cosa. Si yo creyera que no sirvo al país en mi banca de diputado, no sería diputado. Pero sé que no sirvo ninguna alta ambición política, que no sirvo sino á mi país.

Es necesario que los señores diputados se den cuenta y convengan conmigo

en que si no se homologan las aspiraciones colectivas con las aspiraciones individuales, faltan los estímulos. Nadie se mueve sin interés; así es la vida; esa es la ley suprema.

El presidente de la República no me puede dar más que su amistad, y esa me la ha dado por completo hace treinta años, sin necesidad de esta defensa, de este panegírico... de esta apología, como diría el señor diputado por Buenos Aires.

Es bueno poner una nota.

Las apologías no son malas. Lo que es malo es la lisonja, es la complacencia, es la abdicación, es no decir la verdad. Y al presidente de la República yo se la he dicho sobre este mismo asunto, personalmente: no me gusta el proyecto, ni la lista incompleta, ni el voto secreto, ni el voto obligatorio. Lo votaré porque creo que es necesaria la reforma y yo sacrifico lo menos á lo más, porque soy práctico, soy hombre de gobierno.

La apología no es mala; la apología estimula á los gobernantes y á los dirigentes cuando es justa, cuando es sana, cuando es sincera, cuando nace del corazón y de la convicción.

Estoy abusando de la paciencia de la cámara y tengo terror á esa situación.

Sr. Agote—Indiscutiblemente, lo que me parece sensible es que teniendo convicciones contrarias al proyecto pueda prestarle toda su elocuencia para sancionarlo.

Llegamos á esta tristísima conclusión: que no vale la pena defender la circunscripción si vamos á concluir votando por la lista incompleta.

Sr. Varela—Lo que estamos oyendo á cada rato es la apología de la circunscripción.

Sr. Olmedo—Están muy bien los señores diputados: pero como la resolución que salga de este recinto no ha de ser un impróptu, es bueno que reflexionen sobre las razones determinantes de mi voto, que son las que he enunciado ya. En primer lugar, inaptitud del Congreso en frente del Poder ejecutivo para iniciar, sostener y hacer triunfar una reforma trascendental como esta de la ley y de las costumbres electorales en el país. Imposibilidad de exigir al Poder ejecutivo que realice esas re-

formas si se le niegan los instrumentos que él cree apropiados para alcanzar este resultado. Por último,—yo no podría votar en favor de esta reforma si estuviera proscrita de la Constitución.—la razón constitucional en que no he insistido por deferencia y por respeto á la intelectualidad de la cámara, porque creo demostrado de una manera categórica que la doctrina ortodoxa del señor diputado Ferrer,—y es curioso, uno de los que parecen más viejos en la cámara aunque no lo es, porque es menor que yo,—y uno de los más jóvenes, el señor diputado Avellaneda, la doctrina ortodoxa de la inconstitucionalidad me parece desalojada del debate.

No concibo...

Sr. Avellaneda—De manera que, según la doctrina del señor diputado, donde dice «más» debe leerse «menos», y donde dice «mayoría» debe leerse «proporcionalidad».

Sr. Olmedo—Pluralidad, señor.

Sr. Ferrer—Pluralidad es más y es menos.

Sr. Avellaneda—Para los partidarios de la lista incompleta.

Sr. Olmedo—Todos los sistemas tienen pluralidad. En realidad, lo que los señores diputados entienden que es mayoría absoluta, no es tal mayoría absoluta sino pluralidad, que es cosa muy distinta y que es lo que establece la Constitución.

La doctrina ortodoxa me parece desalojada, no solamente por las razones que se han dado, sino por otro orden de razones que apenas insinuaré y que son estas: primero, que la Constitución no es un producto de especulaciones, del ingenio de los constituyentes argentinos, la Constitución es el producto de una larga elaboración científica y moral hecha en presencia de los modelos humanos de constituciones semejantes. Este producto de la evolución científica y moral es un concordante, por consiguiente, con sus modelos inspiradores, y se ha entendido que la Constitución americana, emanada de la Constitución inglesa que no está escrita, es el modelo inmediato de la Constitución argentina. Aquella Constitución, sus comentaristas, sus difusores, la práctica de las asambleas legislativas y las sentencias de los tribunales de aquel país, todo

concuera para afirmar que se considerara la Constitución un instrumento clásico de gobierno, y que dentro de esa elasticidad caben absolutamente todas las interpretaciones amplias que concuerden con las necesidades y con los intereses de las épocas, para hacer la felicidad del pueblo; y toda interpretación que no se caracteriza así es estrecha y mezquina y por lo mismo inadmisibles, y esta sola consideración bastará para sostener que, dentro de la Constitución argentina, caben todos los sistemas electorales que no estén expresamente prohibidos por ella.

Hay, además, una razón de carácter racional, de carácter lógico, y es que la Constitución no establece, cuando dice que las provincias deben ser consideradas como distritos de un solo estado, que esas provincias no puedan ser divididas para la elección, en la forma que la ley lo crea necesario. De manera que si con relación á la nación son distritos de un solo estado, consideradas en sí mismas pueden ser divididas hasta el infinito.

En esa parte, la demostración del señor diputado por Buenos Aires era absoluta, era completa.

De modo que la frase «considerada como distrito de un solo estado» no prohíbe ni la elección uninominal, ni la elección por lista incompleta.

Señor presidente: tengo muchas cosas que decir á este respecto que puede ser que fueran banales para la cámara, aunque yo las considero sustanciales, pero quiero terminar.

El señor diputado por Buenos Aires concluyó su peroración, en el bello discurso que inició este debate.—puesto que el señor diputado Fonrouge hizo solamente la exposición de la cuestión, haciendo un simbolismo por medio de una figura: aquella figura del cóndor. Como es una síntesis, yo la tengo que remar en cuenta.

Ya he mostrado á la cámara cómo el contacto del cóndor lo mantengo sin necesidad de sostener sus proyectos, y cómo no me interesa, por otro interés que no sea el colectivo de la Nación, la amistad del Poder ejecutivo, ni la adhesión á su pensamiento.

Pero yo quiero recordar al señor diputado y á la cámara que el cóndor es, en la América del Sur, el rey de las

aves, y como tal la representación entre nosotros del águila real del otro hemisferio. Saben los señores diputados que esa águila real está en todas las heráldicas europeas y en algunas asiáticas; es la descendiente legítima de aquella águila de Júpiter, símbolo de la sabiduría y de la fuerza... ¿Por qué? Porque el gobierno es, sin duda, sabiduría y fuerza, porque nada humano se realiza por la simple especulación mental, porque todo lo que se encarna en la vida práctica de los pueblos y se traduce en bienestar de las naciones, es la obra conjunta del pensamiento y de la acción.

¡Que venga el cóndor en buena hora! Y si después de haber vivido veinte años en las cumbres de las idealidades absolutas, él ha descendido hasta ese pequeño montículo que se llama la presidencia de la República y se ha posado en él para velar con ojo celoso por el bienestar de su pueblo, por la felicidad y la grandeza de la patria, que siga el cóndor allí, con sus alas recogidas, para no desplegarlas vigorosas y hendir de nuevo el espacio, sino obedeciendo á una gran necesidad patriótica, á un movimiento irrefrenable de los sentimientos más nobles y de las ideas más altas!; que si descendiende, sea para recoger en sus garras todas esas alimañas que se llaman el fraude, la simulación, la inscripción falsa, los votos venales, la abstención, los partidos revolucionarios!; y que en seguida, levantándose de nuevo, tome altura, y desde las más altas regiones del espacio las arroje contra las rocas, para que se quiebren, se extirpen y desaparezcan para toda la vida, dejándonos gozar en paz y felicidad los beneficios de este clima, de este suelo, al amparo de nuestra Constitución y de nuestras leyes! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Mugica—Pido la palabra.

Señor presidente: en el examen de este asunto, que tanto preocupa, con justo motivo, al honorable Congreso y al Poder ejecutivo, hemos escuchado una serie de discursos tan notables, tan llenos de talento, de ilustración, de patriotismo y tan vigorosamente animados por la más elevada y legítima elocuencia, que yo no he podido evitar en mi ánimo un estado de profunda vacilación y un sentimiento de respetuoso te-

mor cuando me he preguntado á mí mismo si debía intervenir en este amplio y brillante debate.

Pero dos circunstancias, una de ellas relativamente reciente, puesto que se refiere al extraordinario discurso pronunciado en la sesión anterior por el señor diputado por Buenos Aires, me han decidido al fin á ocupar la atención de la honorable cámara y á sacrificar todo sentimiento subalterno de vanidad y de amor propio, colocando un montículo de arena de vil composición y tosea forma, destinado á ser dispersado por el soplo del olvido, al lado de esos grandes monolitos de riquísimo pórfido que han de perpetuarse, sin duda, en el tiempo como verdaderos monumentos levantados por nuestra elocuencia parlamentaria.

Explicaré á la honorable cámara en qué consisten estas dos circunstancias, ya que según parece es necesario, es casi indispensable, que algunos de nosotros, por lo menos, exponamos los motivos que determinan nuestra actitud, so pena de aparecer sospechosos de una debilidad ó de una complacencia inconfesable, y ya que también el señor diputado por Buenos Aires, á quien profeso una viva simpatía y una verdadera amistad, engendradora y consolidada en la comunidad intelectual afectiva y patriótica que á todos nos confunde en esta casa...

Sr. Costa—Y que le retribuyo sin restricción al señor diputado.

Sr. Mugica—... ha pronunciado refiriéndose á su actitud en este asunto, la palabra «altivez», hermosa palabra, que además de su sonoridad vibrante como la nota imperativa de un clarín, sirve para designar un dignísimo sentimiento que yo reconozco y aplaudo en el señor diputado por Buenos Aires, pero que no es y que no debe ser el patrimonio exclusivo de los que piensan y hablan en un sentido determinado y que bien puede pertenecer también á los que pensamos y hablamos en un sentido diametralmente opuesto.

Perdóneme el señor diputado si he hecho alusión á sus palabras que quizá fueron pronunciadas en un sentido limitado y exclusivamente unilateral y subjetivo, pero yo necesitaba decir lo que he dicho por las dudas, según la ex-

presión popularizada del paisano del cuento y también por otro motivo que voy á exponer ligeramente.

En nuestro país, según se ha dicho repetidas veces en este mismo debate, las fuerzas políticas están casi exclusivamente divididas en dos agrupaciones: fuerzas gubernistas y fuerzas opositoras. Las primeras son generalmente más antipáticas que las segundas, pero también más positivas y más prácticas.

Y bien, señor presidente, en este caso desgraciadamente no muy común en mi vida pública y parlamentaria, yo voy á sostener sin restricciones las ideas del gobierno, pero no porque sean del gobierno sino porque son...

Sr. Costa—Del Poder ejecutivo, que no es el gobierno.

Sr. Mugica—... sino porque también son mías, legítimamente mías. Esto no quiere decir que yo las haya engendrado; no, señor, no me pertenecen por derecho de patria potestad, me pertenecen porque mi pensamiento, encontrándolas buenas, las ha estereotipado en mi cerebro; me pertenecen porque mi espíritu se ha identificado con ellas, y desde entonces son mías, por lo menos yo las considero mías. No voy, pues, á defender el gobierno...

Sr. Costa—El Poder ejecutivo no es el gobierno; es el Poder ejecutivo.

Sr. Mugica—... empleando este término gobierno en su acepción más común. Voy á defender mis ideas, que son también las ideas del gobierno.

Pero suponiendo que así no fuera; admitiendo que mi palabra haya de constituir una defensa del gobierno quiero agregar que los hombres como el señor diputado y como yo, que no somos, por cierto, una excepción en esta cámara, y que no hemos vestido nunca ningún género de libreas, necesitamos más altivez, más energía y más voluntad, para defender que para combatir el gobierno.

Afortunadamente, en este caso la defensa resulta insospechable. Se trata, en efecto...

Sr. Avellaneda—¿Y dónde está el ataque, señor diputado? Porque no lo he oído todavía en la cámara.

Sr. Mugica—Permítame, señor diputado; estoy contestando á observaciones hechas en uno de los discursos pronun-

ciados, y me limitaré á decirle que no me refiero á los suyos.

Sr. Avellaneda—Es que tomo la parte del señor diputado Costa, y no veo que haya ataques al gobierno.

Sr. Mugica—Me imagino que el señor diputado Costa no necesita que el señor diputado tome su parte.

Sr. Avellaneda—Pero yo tengo el derecho.

Sr. Mugica—No... perdóneme; desde luego, no tiene el señor diputado el derecho de interrumpirme.

Sr. Avellaneda—Eso es cierto.

Sr. Mugica—Además, el señor diputado asume la personería de otro, declarándolo por su cuenta aludido.

Sr. Avellaneda—Es exacto.

Sr. Mugica—Decía, señor presidente, que en este caso la defensa sería insospechable, porque se trata de un gobierno que yo no sé si será ó no será histórico—no quiero meterme en tantas honduras apologéticas—pero indudablemente va resultando, dada la naturaleza especial de nuestro ambiente, un poco raro, un poco extraño, un poco caído de la luna... no tanto por las cosas agradables y armoniosas que dice, como el personaje maravilloso idealizado por Rostand, no tampoco por las cosas que hace, que al fin y al cabo no tienen nada de sobrehumano, sino muy especialmente por las cosas que no hace. Se trata, en efecto, de un gobierno que no hace diputados, que no hace senadores, y que no hace tampoco gobernadores de provincia, raras costumbres que debe haber importado de la luna ó de cualquier otra parte, porque no se estilaban por estos parajes. (*¡Muy bien!*) Se trata, en fin, de un gobierno, que, según la afirmación del señor diputado por Buenos Aires, y que yo creo, es muy simpático á la opinión latente, pero que no le da nada á la opinión actuante, por más que esta opinión se manifieste empeñada en compartir sus amargas tareas y en servirlo decidida y abnegadamente!

Y yo pregunto entonces: ¿qué es más difícil, qué es más activo, combatir ó defender á un gobierno que no da nada, que ni siquiera permite acariciar la esperanza, como en épocas no remotas, de alcanzar una reelección en premio de los servicios prestados? Habrá de reconocerse, por lo menos, que los que lo de-

fendemos no lo hacemos por debilidad, no lo hacemos por complacencia, no lo hacemos por camaradería, ni mucho menos por interés. Y ¿por qué será, entonces? Será, sin duda, por aquello que decía el inolvidable don Bernardo en una de sus felices ocurrencias parlamentarias: por amor al arte, en este caso por amor al bien, que según el Divino Maestro, citado también por el señor diputado, puede y debe hacerse en cualquier día y bajo cualquier gobierno.

Y bien, señor presidente: yo soy partidario de la lista incompleta, y ¿cómo entonces guardar silencio, cómo no defenderla, si en la sesión anterior el señor diputado la ha desfigurado atrocemente, la ha ultrajado y casi podría decir, hablando metafóricamente, la ha calumniado?

¿Y por qué ha hecho todo esto? ¿Acaso por impulsos de una malevolencia ingénita? ¡No, señor presidente! Las condiciones del señor diputado, que todos reconocemos y apreciamos, excluyen en absoluto esa hipótesis absurda. Es que, según sus propias manifestaciones, él hablaba con el corazón; pero con un corazón fuertemente enamorado, que pertenece por entero al voto uninominal, hasta el punto de declarar que deliberadamente había de negar a los partidarios de la lista incompleta lo que nosotros le hemos dado abierta, espontánea, cariñosamente, en una forma sin precedente en la cámara: nuestro aplauso, nuestra felicitación efusiva, no por sus ideas, pero sí por su talento.

Sr. Costa—Los he aplaudido también, pero no por las ideas, y aplaudo también al señor diputado.

Sr. Mugica—El amor, señor presidente, es un sentimiento absorbente, y cuando se apodera por completo de una criatura humana, produce en ella los efectos más diversos y más opuestos a su temperamento. A veces, á un sér débil, pusilánime, lo arrastra hasta la abnegación y el sacrificio; otras veces, en un hombre austero y honrado engendra el egoísmo y hasta el crimen. A veces, como en el caso de la comedia de Molière, priva á la novia del uso de la palabra, y á veces, como en el del señor diputado, produce un efecto diametralmente opuesto: hace que el no-

vio hable abundantemente y muy bien. (*Risas.*) En este caso no sólo ha hecho hablar al señor diputado, sino que me hace hablar á mí también.

Tengo, en efecto, una vieja y profunda simpatía, que es más bien una vieja y profunda convicción, por la lista incompleta, bajo el punto de vista de su aplicabilidad en el momento actual de nuestro país. Pero esta simpatía ó esta convicción no se funda en un criterio absoluto y exclusivo que no pueda modificarse en el tiempo, porque eso sólo habría de conducirme fatalmente más tarde ó más temprano á incurrir en el error; no se funda tampoco en que yo vea en ese sistema electoral el fin último y supremo de mis ideales democráticos; no, señor presidente: se funda en reflexiones tan hondas y tan serenas como es capaz de producir las mi espíritu, relativas todas á la situación actual de la República y á la escogitación de los medios capaces de mejorarla gradual, paulatinamente y eficazmente.

He ahí, señores diputados, una tarea en mi concepto digna de hombres de estado; he ahí un programa de gobierno político, pero no de un gobierno providencial, en el que yo no creo ni he creído nunca; no de un gobierno engendrado por la gracia de Dios, sobre la cual no quiero emitir opinión, sino de un gobierno humano, surgido de la tierra; más todavía, surgido de las impurezas de la tierra, es decir, surgido de la única parte de donde podía y debía surgir; gobierno que apenas formado y alimentando propósitos de cuya elevación todos estamos penetrados, mira en su derredor y se encuentra rodeado de obstáculos y de malezas, llamémoslas si queréis, prejuicios y malas costumbres, obstáculos y malezas acumuladas por el tiempo en los solares incultos ó mal cultivados y que no pueden ser arrancados de golpe, precisamente porque no nos gobierna la gracia de Dios ni la Providencia divina, únicas fuerzas todo poderosas, según afirman los teólogos. Pero si esas malezas y esos obstáculos no pueden ser suprimidos de golpe, permiten sí, con tal de que se trabaje, con tal de que presten su concurso todos los labradores de buena voluntad, ir abriendo caminos que nos conduzcan poco á poco pero con paso firme y tranquilo hacia un

valle amplio y despejado donde pueda ponerse en práctica el tratamiento que preconiza el señor diputado por Buenos Aires, y que no es tan sencillo como él parece imaginarse, es decir, donde pueda aplicarse ampliamente el régimen de la Constitución y respirar á pulmones llenos el aire saludable de la libertad.

Por otra parte, señor presidente, la cuestión que nos preocupa y voy á referirme á la segunda circunstancia mencionada—es tan vasta, presenta facces tan múltiples, desprende derivaciones tan diversas relacionadas con el pasado, con el presente y con el porvenir de la República, que cada orador que aparece en la escena parlamentaria hiere un nuevo aspecto del asunto, y sugiere reflexiones y observaciones que quizá no es inútil repetir en alta voz.

No sé, señor presidente, si lo que he dicho y lo que he de decir en lo sucesivo constituirá un discurso. Afirmando que no he pretendido pronunciarlo: sólo deseo contestar, con razonamientos sencillísimos, algunos de los argumentos y observaciones que pudieran considerarse subsistentes, formulados por los que niegan la oportunidad y la constitucionalidad de esta iniciativa, ó por aquellos que, invocando otras razones combaten su parte fundamental.

Quiero exponer, á la vez, algunos de los motivos que determinan mis convicciones en el sentido de que la reforma del sistema electoral propuesta por el Poder ejecutivo es no sólo oportuna, sino de una oportunidad que ya envejece, á fuerza de haber vivido muchos años. Es también necesaria, y más que necesaria indispensable, si queremos responder á las exigencias del progreso, que reclama un mayor perfeccionamiento en las funciones orgánicas de nuestra democracia. Quiero, por último, ratificar, desde mi punto de vista, la demostración ya hecha en esta cámara de que ese sistema se armoniza perfectamente con los preceptos explícitos, y sobre todo con los propósitos fundamentales de la Constitución nacional, cuyos autores nunca pudieron sospechar que una frase de su texto, que no establece ningún derecho importante, que no consagra ninguna garantía fundamental, que no afecta siquiera la esencia del sistema político establecido, hubiera de

invocarse como un obstáculo que se pone á una reforma liberal y progresista ó como una orden imperativa y categórica de mantener en la República por tiempo indeterminado un régimen electoral que, en el hecho, cualesquiera que sean las causas, es falso, es violento, es artificial, es antidemocrático y evidentemente repugnante al pensamiento mismo de la Constitución, que palpita en todas sus páginas, desde el hermoso preámbulo hasta la última de sus disposiciones relativas á la organización y al funcionamiento del gobierno! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Señor presidente: todos los oradores que han hablado antes que yo, han correlacionado la situación actual de la República con sus antecedentes y con su desenvolvimiento histórico: voy á dar también yo mi opinión al respecto en una brevísima síntesis.

Nuestro país surgió de una revolución que, incierta y vacilante al principio, no tardó en encontrar su rumbo definitivo iluminado por el robusto pensamiento de Mariano Moreno.

Belgrano y San Martín, para no citar sino las cumbres, consuman la obra, y nuestra nacionalidad surge forjada entre los fuegos de la guerra de la Independencia. Pero, apenas extinguidos los ecos del último cañonazo de Ayacucho, para los pueblos sudamericanos se plantea el problema de la organización. Entre nosotros, ese problema reviste caracteres excepcionales: nuestra nacionalidad está formada por elementos dispersos; dispersos geográficamente, dispersos moralmente y dispersos también políticamente. No hay un espíritu común, no hay todavía un alma nacional. Por eso los ensayos se suceden, y á cada uno de sus ensayos corresponde un fracaso.

Durante muchos años el país se debate entre estos dos extremos igualmente fatídicos: la anarquía y la dictadura. La primera engendra la segunda. La segunda debe ahogar á la primera. ¿Cómo? Como se ahoga siempre la anarquía: con la violencia, con la fuerza, con la sangre.

La dictadura cumplió en efecto su misión con todo el cortejo de abusos y horrores que acompañan siempre al gobierno de la fuerza y que son más ó menos monstruosos según el temperamen-

to del que manda. La dictadura concluyó con la anarquía; pero una vez concluida la anarquía, era necesario que concluyera también la dictadura.

La revolución se encargó de consumir esa obra. El grito dignificador del primero de mayo despertó a la Nación, y poco tiempo después alboreaba la aurora de Caseros: la anarquía y la dictadura estaban muertas; llegaba la hora de la organización.

Los hombres del 53 acometieron la tarea y dictaron la Constitución, guiados por el pensamiento luminoso de Alberdi y custodiados por la espada benemérita de Urquiza.

Pero la Constitución no es por sí misma un organismo vivo, por más que la retórica le haya atribuido alguna vez ese carácter. Es un esqueleto, es un armazón. Para que viva, para que funcione, hay que ponerle músculo, hay que ponerle nervios, hay que ponerle un alma, como dice la Biblia que hizo Dios con el primer hombre fabricado con barro inerte. Y ese músculo, esos nervios, esa alma, es el pueblo, son los partidos, es la democracia organizada.

Había que organizar, pues, la democracia.

Pero esa tarea no podía realizarse en la primera hora. Otros problemas más perentorios consumían el esfuerzo de las clases gobernantes.

El país estaba constituido, pero la Nación no estaba unificada. Cepeda impuso la unidad por la fuerza, que representaba entonces la voluntad nacional, pero que era sordamente resistida por el estado separatista. Pavón consolidó la unidad, pero no por la fuerza, no por el resultado material de aquel combate que no ha sido todavía juzgado ni militar ni históricamente, sino por la actitud del general caudillo de la confederación, que, en el crepúsculo melancólico de su vida gloriosa, abandonaba el último campo de batalla á que había concurrido contra su voluntad, tiraba las armas y se retiraba lentamente, maldiciendo á la guerra civil, soportando la diatriba de amigos y enemigos, pero pensando en el fondo de su conciencia fuerte y honrada, que aquel grande sacrificio, sólo comparable con el del general de los Andes, aseguraba para siempre el ideal supre-

mo de su vida: la paz interior y la unidad definitiva de la República! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Mitre no pudo tampoco consagrarse al perfeccionamiento de nuestras prácticas electorales. Su gobierno estuvo lleno de zozobras. La pacificación interna y la guerra exterior absorbieron sus mayores esfuerzos.

Con Sarmiento concluyó la hegemonía de Buenos Aires. Sarmiento era provinciano en la capital de la República, pero le tocó una máquina que no le obedecía. Y aun cuando quiso obtener la reforma de nuestras leyes electorales no pudo conseguirlo. Afianzó sin embargo, el concepto de la autoridad nacional.

El gobierno de Avellaneda, fué una víctima del régimen electoral vigente. Tuvo que vivir transigiendo con la revolución; y para disminuir los efectos deplorables del régimen de la lista, introdujo en el país la política del acuerdo; pero los frutos del acuerdo no son definitivos, son siempre transitorios y ocasionales. Con el acuerdo, Avellaneda postergó una revolución, pero no la contruvo. La revolución se produjo y hubo que vencerla con las armas.

No quiero, señor presidente, seguir analizando los demás períodos presidenciales; pero es sabido que todos los últimos presidentes han patrocinado la reforma de nuestro régimen electoral.

¿Cuál es á este respecto el estado actual de la República? ¿Habré de describirlo? Sé que la tarea es peligrosa. El señor ministro del interior la ha cumplido, pero con ella ha suscitado críticas, y si no ha abierto heridas profundas, por lo menos ha lastimado la epidermis.

No sé yo si bajo el punto de vista de la táctica parlamentaria, que aconseja ser agradable á los que escuchan, el señor ministro ha hecho bien ó ha hecho mal; pero sí creo, honradamente, que ha dicho la verdad; creo también, lo habría creído aun cuando él no lo hubiera manifestado, que no ha tenido, que no ha podido tener la intención de inferirnos una ofensa. Si sus palabras representaran para nosotros una ofensa, la representarían también para él mismo, que ha sido y que es directa ó indirectamente, como nosotros, fruto de este régimen.

Pero de todas maneras, no quiero por mí mismo, traducir el cuadro de nuestra actualidad electoral, y á los efectos de mi argumentación, he de valerme de un arbitrio legítimo, que espero no ha de ser desagradable á la honorable cámara.

Hace pocos años, mientras ocupaba en este mismo recinto una banca, que durante mucho tiempo se sentirá vacía, desapareció para siempre de nuestro escenario político uno de nuestros hombres más ilustres. Mezcla extraordinaria de caudillo y de estadista, de hombre de pensamiento y de hombre de acción, su figura escultural y casi gigantesca no era sino un trasunto de su espíritu fuerte, avasallador, impetuoso. Lo fué todo en nuestro país, y los atributos de su personalidad fueron realmente extraordinarios: en el campo de batalla, su traje de paisano desprovisto de las insignias del mando no impedía que se condensaran en torno suyo los prestigios y el imperio de un general en jefe; en el parlamento tronaba su voz y sus ademanes mandaban; en el gobierno, sus gestos conmovían á la República; en las horas de peligro su gallardo continente se destacaba entre todos, avanzaba él solo con la frente levantada, con la resolución inquebrantable reflejada en su mirada imponente, como si quisiera concentrar en sí todas las responsabilidades del momento... (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) El nombre de ese ciudadano está grabado en la memoria de todos y en el corazón de muchos: era Carlos Pellegrini. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Todavía resuena su voz en este recinto, cuando llegaba, según sus propias expresiones, con la máquina fatigada, porque la jornada había sido larga y áspero y accidentado el camino. Yo voy á leer, señor presidente, dos párrafos del último de sus discursos sobre materias electorales.

«Tenemos, nos decía, una nación independiente, libre, orgánica, y vivimos en paz; pero nos falta algo esencial: ignoramos las prácticas y los hábitos de un pueblo libre, y nuestras instituciones escritas son sólo una promesa ó una esperanza. En efecto, ¿cuál es nuestra situación política en este momento? El artículo primero de la Constitución dice que la República adopta

la forma de gobierno representativa, republicana federal, y la verdad real y positiva es que nuestro régimen, en el hecho, no es representativo, ni es republicano, ni es federal; no es representativo, porque las prácticas viciosas que han ido aumentando día á día, han llevado á los gobernantes á constituirse en los grandes electores, á substituir al pueblo en sus derechos políticos y electorales; y este régimen se ha generalizado de tal manera, ha penetrado ya en tal modo en nuestros hábitos, que ni siquiera nos extraña ni nos sorprende. Hoy, si alguien pretende el honor de representar á sus conciudadanos, es inútil que se empeñe en conquistar méritos y título: lo único que necesita es conquistar la protección ó la buena voluntad del mandatario.»

Terminaba este discurso con la siguiente exhortación: «Y les diría, por último, que todo lo que no se apoye en las grandes aspiraciones de la Nación, todo lo que no tienda á completar nuestro organismo nacional, todo lo que no tienda á hacer esta patria tan grande, cívica, moral y políticamente como lo es materialmente, todo eso tiene que ser efímero y transitorio, porque á pesar de todo y á pesar de todos, se han de cumplir los grandes destinos de la Nación.»

Es esta la profecía de un hombre ilustre. Unamos, entonces, nuestros esfuerzos, unamos nuestras voluntades y trabajemos juntos para que esa profecía se cumpla.

Sr. Costa — Decía el doctor Pellegrini, sosteniendo la ley del voto uninominal, al final de su discurso en el Senado lo siguiente: «Estas son, señor presidente, las reformas fundamentales que esta ley introduce en el régimen electoral actual. La comisión abraza la profunda convicción y acompaña en esto al señor ministro y al Poder ejecutivo, de que esta reforma tiene forzosamente que ejercer una influencia, benéfica sobre nuestros hábitos electorales; que puesta en práctica esta ley, en momentos en que van á agitarse las pasiones políticas, en que va á haber incentivo en el pueblo para el ejercicio del derecho electoral, puede operar un cambio saludable, y tal vez dentro de poco sea sólo un recuerdo histórico esta desgraciada situación presente y haya

devuelto á la República su sana vida política, haciendo una verdad de nuestro régimen institucional».

Me parece que como cita concreta al punto en debate, con relación á la opinión del doctor Pellegrini, ésta es más concreta y categórica que la que acaba de hacer el señor diputado. (*Muy bien!*)

Sr. Mugica—No comprendo cómo mi distinguido colega haya creído de oportunidad la interrupción que me ha hecho. No estaba yo debatiendo todavía si es mejor el sistema de las circunscripciones ó el sistema de la lista incompleta.

Sr. Costa—Como el señor diputado citaba la autoridad del doctor Pellegrini...

Sr. Mugica—La invocaba simplemente, para demostrar que lo que ha dicho en el Congreso el señor ministro del interior, no tiene nada de falso, nada de ofensivo. Ya otros hombres eminentes también lo han dicho y lo han dicho en una forma más acentuada, como lo acabo de demostrar.

Señor presidente: establecida la necesidad de reformar el régimen electoral actual, plantéase la siguiente cuestión, á que se refería hace un momento el señor diputado por Buenos Aires: ¿cuál es el sistema que debe adoptarse? ¿el sistema de la circunscripción ó voto uninominal; ó el de la lista incompleta?

No soy yo un adversario de la circunscripción, sobre todo comparándola con el actual sistema de la lista completa. Al contrario, reconozco que la circunscripción tiene ventajas evidentes: despierta el comicio, lo anima, siquiera sea impulsado por intereses personales, pero lo despierta y anima. Hace, además, posible, aunque en una forma muy limitada, la representación de las minorías. Pero al lado de estas ventajas tiene, en mi concepto, grandes inconvenientes.

No creo, señor presidente, que ningún sistema electoral tenga por sí solo virtualidad suficiente para crear y para organizar partidos, pero sí creo que hay sistemas electorales que tienen en sí mismos virtualidad suficiente para impedir ó para dificultar la organización ó formación de partidos, y uno de esos sistemas es la circunscripción. ¿Por qué?

Por una razón de toda evidencia: porque hay en el sistema del voto uninominal, una fuerza centrífuga que dispersa, que divide, que fracciona, no solamente los territorios, sino también las agrupaciones. Y esa fuerza centrífuga tenderá que ser siempre un inconveniente, un obstáculo para la organización de los partidos.

Y bien, señor presidente: ¿es ó no necesaria la formación ó la organización de partidos en toda democracia? Creo que en este debate y á este respecto se ha estado incurriendo en verdaderas confusiones.

No creo que deba patrocinarse la formación de partidos, para que se apoderen del gobierno. Los partidos no gobiernan ni deben gobernar directamente; pero yo creo que la organización de partidos es absolutamente indispensable, por la misma razón que el señor diputado aplaudía cuando se refería á que monsieur Clemenceau declaraba necesario que las democracias tengan jefes. Pero ¿qué son los jefes en las democracias? Son los jefes de los partidos; no se concibe la idea de jefatura, si no hay algo sobre lo cual deba ejercerse.

Esos jefes de las democracias son jefes de los partidos: ¿y para qué sirven esos partidos? Sirven para encauzar, para dirigir la opinión de las masas, que son incapaces de gobernarse y de dirigirse por sí mismas. Y por eso cuando los partidos no existen, cuando estas fuerzas directivas faltan, la circunscripción, no diré siempre, pero sí en muchos casos, queda á merced del más audaz, del que tiene menos escrúpulos, del más rico, del que sabe halagar mejor las pequeñas pasiones de esas masas.

Por eso en todos los pueblos, en todos los países en que no hay estas grandes fuerzas orgánicas que dirigen á la opinión pública, la circunscripción ha fracasado; siempre ha fracasado! Por eso también ha fracasado entre nosotros en la larga experimentación que ya tiene en el régimen municipal de la capital de la república. El sistema de la circunscripción ha sido largamente practicado aquí. Las elecciones municipales, cuando por primera vez se practicaban, producían un congreso deliberante seleccionado; pero á

cada nueva elección el consejo descendía un grado, y fatalmente llegaba el momento en que el Poder ejecutivo tenía que dictar un decreto disolviéndolo!

Ese es el efecto de la circunscripción.

Sr. Varela—¿Acaso produce mejor resultado el sistema actual?

Sr. Rodríguez Jurado—Se está produciendo la lucha...

Sr. Varela—¿Es un desdoblamiento?

Sr. Rodríguez Jurado—... y ya veremos el domingo el resultado que va á dar.

Sr. Varela—El mismo que ha dado hasta ahora: ¡todo está fracasado!

Sr. Mugica—Veamos ahora, señor presidente, cuáles son las ventajas relativas de la lista incompleta. Y á este respecto necesito, ante todo, contestar los argumentos formulados por el señor diputado por Buenos Aires, y á él me refiero exclusivamente, porque en el último gran discurso puede decirse que los abarca y los sintetiza á todos.

El señor diputado comenzaba por hacer dos observaciones de carácter general. Nos decía: la lista incompleta importa una reacción. Y ¿por qué importa una reacción? ¿Lo demostró, acaso, el señor diputado? No, no hizo ninguna demostración; dijo simplemente que la lista incompleta importa una reacción, porque mira hacia el pasado. ¿Pero, señor presidente, ya sabemos que lo que mira hacia el pasado importa una reacción! Pero lo que el señor diputado debió demostrar es que la lista incompleta mira al pasado! De lo contrario, su raciocinio se asemeja mucho al caso de la comedia de Molière: la niña estaba muda, porque había perdido el uso de la palabra; se asemeja también al procedimiento empleado por aquel procesado que no quería decir su nombre al juez y que cuando le interrogaban cómo se llamaba, decía: como mi padre; y al preguntársele cómo se llamaba su padre, decía: como yo. Es decir, la lista incompleta es reaccionaria porque mira al pasado; y ¿por qué mira al pasado? porque es reaccionaria... (*Risas.*)

No, señor presidente; no es reaccionaria! Con relación al sistema actual, la lista incompleta representa un progreso evidente, no un progreso revolucionario, no un progreso á saltos, como decía el señor diputado por Tucumán

cundo citaba el aforismo del gran naturalista sueco, sino un progreso evolutivo, tranquilo, es decir, más de acuerdo con las leyes universales que rigen el desenvolvimiento progresivo de todos los seres, desde los inanimados hasta la última expresión de las fuerzas animadas de la naturaleza, las agrupaciones, las sociedades humanas.

Sr. Costa—Entonces, ¿el señor diputado no va á dar la razón que yo di para establecer que era reaccionaria la lista incompleta?

Sr. Mugica—No la conozco.

Sr. Costa—Sin embargo, la he expresado.

Sr. Mugica—¿Cuál ha sido? Le agradecería al señor diputado que me la citara.

Sr. Agote—Sería bueno suprimir los diálogos para encauzar el debate.

Sr. Costa—Es reaccionaria, porque mira hacia el pasado, y mira hacia el pasado, porque representa el sistema de lista, que es repudiado por todos los países que pueden presentarse como modelo en cuanto á gobierno representativo y á libertad electoral. Y eso está en mi discurso, de modo que el señor diputado ha podido conocerlo. Ahora, es natural que no lo recuerde, porque para él no tiene ninguna importancia.

Sr. Mugica—El señor diputado me lo ha recordado ahora, pero yo le voy á demostrar...

Sr. Costa—No hacía yo así el diagnóstico de Molière que tanto le preocupa al señor diputado.

Sr. Mugica—... que no tiene absolutamente ninguna importancia. Tendrá que reconocer el señor diputado que es inconsistente, porque dentro de la lista caben los sistemas electorales más perfeccionados. ¿Acaso el señor diputado no sabe que el sistema de la representación proporcional, el más adelantado de todos, es un sistema de lista?

Sr. Costa—No lo sostengo yo. Yo creo todo lo contrario del sistema de representación proporcional.

Sr. Mugica—Si el señor diputado no puede desconocer que es el más adelantado, el argumento que hace de que la lista incompleta mira hacia atrás, porque mira al sistema de lista, no es entonces tal argumento. También el régimen de la proporcionalidad mira al

sistema de lista, y eso no quiere decir que sea un sistema reaccionario.

Sr. Costa—Lo será para el señor diputado, que le gusta el régimen de la proporcionalidad. A mí me parece un fracaso, por ser un sistema aritmético.

Sr. Mugica—Será prácticamente un fracaso; pero en el orden teórico es el mejor de los sistemas.

Sr. Costa—Las teorías son para las academias y no para los congresos.

Sr. Mugica—Acompañó yo al señor diputado en esa opinión, pues también lo considero inconveniente, pero no reaccionario. Lo creo excesivamente adelantado, más adelantado que la sociedad, más adelantado que las agrupaciones humanas, y por eso no lo considero aplicable.

El señor diputado hizo esta otra observación de carácter general: examinemos, dijo, los países civilizados, y veremos que los que han alcanzado más alto grado de perfeccionamiento político tienen el sistema de la circunscripción: ahí están Inglaterra, Suecia, Francia; en cambio, los países menos adelantados en materia política, como España, Portugal y la República Oriental tienen el sistema de la lista incompleta; por consiguiente, nosotros debemos ponernos a la altura de los países más civilizados, adoptando el sistema de la circunscripción.

Creo yo que este razonamiento es equivocado, profundamente equivocado.

El sistema de las circunscripciones no ha engendrado la Inglaterra; es la civilización inglesa la que ha permitido la aplicación de ese sistema.

Pero el sistema de la circunscripción se puede aplicar sin peligros en Inglaterra, precisamente, porque Inglaterra ha alcanzado un alto grado de perfeccionamiento electoral, porque tiene aquellos grandes partidos que son los que hacen la elección, resultando entonces que la circunscripción no es más que una ficción. ¿Quién elige en las circunscripciones? ¿Son acaso sus habitantes? No, son los partidos políticos quienes eligen, son los leaders, aquellos a quien se refería con aplauso el señor diputado.

Sr. Costa—De dónde resulta que no disuelve los partidos y ese es otro gran

argumento hecho por el señor ministro y por el señor diputado.

Sr. Peña—Los partidos con vínculo orgánico capaces de resistir ese sistema.

Sr. Mugica—Si no lo he dicho antes lo diré ahora: creo que aquel sistema electoral puede disolver los partidos inconsistentes, y que puede oponerse a que se formen los partidos.

Sr. Costa—Si es inconsistente un partido, es porque no sirve, y entonces puede desaparecer.

Sr. Mugica—Estoy de acuerdo con el señor diputado, y no tendría inconveniente en acompañarlo si presentara un proyecto destinado a disolver todos nuestros partidos.

Sr. Costa—Es que los congresos no disuelven, ni forman, ni organizan, ni estimulan partidos.

Sr. Mugica—También ese es un error del señor diputado. Los congresos en todas partes del mundo tienen por principal misión contribuir a que se organice la democracia, y la organización de la democracia no puede hacerse sino por medio de partidos políticos.

Sr. Costa—El régimen electoral se dirige al ciudadano y no a los partidos.

Sr. Mugica—Se dirige al pueblo y no al ciudadano.

Sr. Costa—Por eso no se dirige a los partidos, porque se dirige al pueblo.

Sr. Mugica—Pero, señor presidente, yo creo más lógico, más razonable que nosotros tratemos de aplicar en nuestro país aquellos sistemas electorales que han dado resultado, no en los países más adelantados que nosotros, si no en los países que tienen más analogía con nosotros. Y aunque pueda herirnos nuestro amor propio, es necesario confesar que en materia política nos parecemos más a España que a Inglaterra.

Contestadas, señor presidente, estas dos observaciones de carácter general hechas por el señor diputado por Buenos Aires, tengo que entrar a ocuparme de los argumentos directos formulados contra el sistema de la lista incompleta.

De todos los argumentos que ha hecho el señor diputado, el que más me ha gustado es el de los seis duraznos, que

el señor diputado comparaba con seis diputaciones y que con una mimica me llamó la atención más de una vez...

Sr. Costa—De manera que en materia de argumento, le gusta al señor diputado lo que no es argumento. En orden al razonamiento eso no es argumento, sino un símil o una figura.

Sr. Mugica—Vamos a llegar a eso.

El argumento lo hacía el señor diputado de esta manera: tomaba seis duraznos; con una mimica agradable los colocaba en la mesa, y después llamaba a seis amigos, que según él, eran el distrito, para que se los comieran. Y digo, señor presidente, que este argumento es el que más me ha gustado, por dos motivos: en primer lugar, porque se trata de una fruta de mi predilección —no me refiero a las diputaciones, sino a los duraznos (*Risas y aplausos*)—y en segundo lugar, porque no lo he entendido, y un argumento que no se entiende es un gran argumento... (*Risas*) Es un gran argumento, porque desorienta al adversario, le revuelve los sesos, (*Risas*) le hace perder un tiempo enorme en buscar esta incógnita indescifrable: «¿Qué habrá querido decir el señor diputado?» (*Risas*.)

Pero como yo procedo honrada y lealmente, no tengo más remedio que declarar que, como no lo entiendo, no puedo contestarlo, y declaro también que el señor diputado queda vencedor en el argumento de los duraznos. (*Risas y aplausos*.)

Pero si no puedo contestarle en lo que tiene de argumento, que es lo que yo no entiendo, puedo sí contestarlo o examinarlo por lo menos en su faz retórica, que al fin y al cabo es la característica más saliente y más brillante de todo el discurso del señor diputado.

Sr. Costa—Creía yo que era todo lo contrario; yo creía que la retórica era todo lo que estamos oyendo ahora, y que lo mío era realismo. (*Muy bien!*)

Sr. Presidente—Ruego al señor diputado por Buenos Aires que no interrumpa.

Sr. Mugica—No he podido yo comprender cómo un espíritu de tan fina observación como el señor diputado, haya podido decir que los distritos se comían los duraznos, es decir, las diputaciones. ¡Error fundamental, señor presidente, y pongo a toda la cámara...

¡Los duraznos no se los comen las circunscripciones, nos los comemos nosotros! (*Risas y aplausos*.)

En seguida, el señor diputado, con una lógica casi tan clara como la del argumento anterior, decía que con el sistema de lista, por deducciones muy raras, cada elector de Buenos Aires elige veintiocho diputados, y que, en consecuencia, los cien mil electores de ese distrito eligen dos millones ochocientos mil diputados! No me parece que los comprovincianos del señor diputado le hayan de manifestar un gran reconocimiento cuando los ha presentado con esa estupenda voracidad de acridio. (*Risas*.)

Sr. Costa—Todo eso yo lo presentaba como tartarinesco, porque el único que no comprendía la exageración de las cosas ni el absurdo de la exageración, era Tartarin, que estaba convencido de que la exageración no era tal.

Sr. Mugica—Es lo que ha dicho el señor diputado. Y véase, señor presidente, cómo el señor diputado, que durante una gran parte de la sesión anterior ha usado de la más completa libertad para satirizar todo lo que él consideraba satirizable, se siente molestado porque yo, caballeresca, amistosamente, trate hasta de imitar su estilo, que yo bien sé que es inimitable. Pero, puesto que tanta molestia le ocasiona el que yo haga estas referencias amistosas a su discurso...

Sr. Costa—De ninguna manera! Sólo lo que la sátira se contesta con la sátira.

Sr. Mugica—Procuraré no volver a hacerlo más en adelante.

Sr. Costa—Contesto con buen humor, como el señor diputado. Si él se siente molestado, lo deploro: no contestaré más.

Sr. Mugica—No, señor diputado; no he tenido absolutamente la intención de pronunciar una palabra que pudiera afectar al señor diputado; estamos esgrimiendo aquí armas caballerescas.

Pero como la hora es avanzada, me consagraré a estudiar rápidamente la faz constitucional del asunto, sin referirme para nada a los discursos pronunciados.

Creo, señor presidente, que los que sostienen que nuestra Constitución establece como único sistema electoral la

lista completa, debieran producir una de estas dos demostraciones: ó que la Constitución misma establece explícitamente en alguna de sus cláusulas que debe votarse por lista completa, ó que en la Constitución hay alguna ó algunas disposiciones de las cuales resulta implícitamente que ese es el único sistema constitucional.

Me parece que lo primero, nadie podrá sostenerlo. Basta leer la Constitución. En ninguna parte se dice que deba votarse por lista, y en ninguna parte dice tampoco que deben los electores votar por todos los candidatos á elegir.

Habría que demostrar entonces, señor presidente, que algunas disposiciones de la Constitución implícitamente establecen el régimen de la lista completa.

¿Cuáles son esas disposiciones? No hay sino la del artículo 37, por lo menos poniéndose en parangón la lista completa con la incompleta. No tengo interés en este momento de demostrar la constitucionalidad de la circunscripción. Por consiguiente, he de referirme solamente á la lista incompleta.

El artículo 37 de la Constitución establece que la elección ha de hacerse por el pueblo de las provincias directamente y á simple pluralidad de sufragios. En realidad, no hay sino una regla de elección: la elección directa. Lo del distrito constituido por las provincias, no es sino una división territorial; no importa una manera de votar: y lo de la pluralidad no importa tampoco una forma de votar: no es sino una regla aritmética que debe aplicarse para la apreciación de los resultados de la elección.

Entonces, ¿cuál debe ser el criterio dominante para determinar si un sistema electoral es ó no es constitucional? Averiguar si está de acuerdo con esas prescripciones de la Constitución.

Y yo pregunto: ¿El sistema de la lista incompleta, se practica ó no se practica en los distritos-provincias establecidos por la Constitución? Sí, se practica. ¿Importa ó no importa un sistema de elección directa? Sí, importa. ¿El escrutinio, el resultado de la elección se hace ó no se hace por simple pluralidad de sufragios? Sí, se hace.

Y entonces, ¿dónde está la inconstitucionalidad? Francamente, señor presidente, yo no he podido encontrarla.

Hay acaso en la Constitución algún artículo, alguna prescripción, alguna disposición que prohíba que la ley declare que ningún ciudadano podrá votar por más de un candidato, cualquiera que sea el número de los diputados que haya de elegirse? No la hay. En ninguna página de la Constitución se encontrará una prescripción que se oponga á que una ley establezca lo que acabo de decir. Y si no se opone á que cada ciudadano vote sólo por un candidato ¿cómo ha de oponerse á que vote solamente por tres por cuatro, por cinco, ó por la cuarta parte, por la mitad, por los dos tercios, por el quinto, por los dos quintos?

Entonces, pues, el sistema de la lista incompleta está absolutamente de acuerdo con todos y cada uno de los requisitos ó de las reglas que la Constitución establece en materia electoral; y si es así ¿dónde está...?

Sr. Ferrer—¿Me permite el señor diputado?

Sr. Mugica—Con mucho gusto.

Sr. Ferrer—Está en el artículo 81.

Sr. Mugica—Permítame el señor diputado. El artículo 81 puede invocarlo cuando alguien le sostenga la constitucionalidad de la circunscripción; porque el único argumento que hace el señor diputado...

Sr. Ferrer—La representación de la minoría para un mismo acto electoral no me la explico. Para la elección de segundo grado, no sé...

Sr. Mugica—¿Está equivocado el señor diputado?

Sr. Ferrer—Se engaña al pueblo cuando se le arranca la tercera parte de sus sufragios para dárselos á otro.

Sr. Mugica—¿A quién se los va dar?

Sr. Ferrer—Se le defrauda al pueblo.

Sr. Mugica—Cualquiera creería que se le va á quitar el tercio al pueblo para dárselo á la luna; ese tercio es también para el pueblo.

Sr. Ferrer—Es para dárselo arbitrariamente á quien no le corresponde.

Sr. Agote—Y esos diputados vendrán de la luna seguramente, porque no vendrán con el voto de la mayoría.

Sr. Estrada—La minoría es pueblo también.

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Avellaneda—Sería interesante, ya que el señor diputado ha tocado el artículo 81, que nos explicara las palabras con que comienza cuando dice que la elección de presidente y vicepresidente de la Nación se hará en la misma forma precripta para la elección de diputados. ¿Está ó no está establecido por la Constitución un sistema electoral?

Sr. Mugica—No, señor.

Sr. Avellaneda—Y entonces. ¿qué quiere decir «forma precripta»?

Sr. Mugica—Forma directa, elección directa: que los electores serán elegidos directamente por el pueblo. Esa es la forma precripta por la Constitución.

Sr. Avellaneda—¿Y la pluralidad no es forma?

Sr. Mugica—La pluralidad es una forma para el escrutinio.

Sr. Avellaneda—¿Por qué para el escrutinio? ¿Dónde está eso?

Sr. Mugica—En todas partes; no solamente en el sistema de la lista. ¿Acaso la pluralidad es exclusiva del sistema de la lista? ¿Acaso no se aplica en la circunscripción?

Sr. Avellaneda—Sí, se aplica. Por eso, en esa parte, la circunscripción es constitucional.

Sr. Mugica—Un sistema electoral no puede ser constitucional é inconstitucional en parte.

Sr. Avellaneda—En esa parte, sí.

Sr. Mugica—No hay tal parte.

Sr. Presidente—Ruego á los señores diputados que no continúen en esa forma. La presidencia no puede consentir la discusión en forma dialogada. El señor diputado debe dirigirse á la presidencia, porque en la forma que habla provoca las interrupciones.

Sr. Mugica—No hago sino contestar las interrupciones que se me hacen; y no sería muy galante que me dirigiera al señor presidente y no al diputado que me interrumpe.

Bien: para no dar lugar á mayores interrupciones, como ya es muy tarde, voy á terminar mi exposición; pero no quiero hacerlo sin dedicar algunas palabras á ciertas expresiones formuladas por el señor diputado Avellaneda y por el señor diputado Varela.

Ellos nos han dicho que este asunto

de la reforma electoral no es tan urgente...

Sr. Avellaneda—El cambio del sistema.

Sr. Mugica—Perfectamente, el cambio del sistema.

Sr. Avellaneda—¿Cómo vamos á decir, señor presidente, que no es urgente cuando hemos aconsejado la sanción del proyecto salido de la comisión de negocios constitucionales?

Sr. Mugica—Que hay otras cuestiones más interesantes para el país que la cuestión electoral. Tales son las cuestiones de ferrocarriles...

Sr. Avellaneda—El cambio del sistema, no.

Sr. Mugica—...el de la inmigración, el de los puertos, etc.

Sr. Varela—No es eso lo que he dicho, sino que preferiría que se hubiera empezado por estudiar las leyes económicas y las leyes sociales, que son las leyes madres, que abren el camino al mejoramiento político.

Sr. Mugica—Bien, señor presidente: tomo la observación en la forma en que acaba de hacerla el señor diputado y siento la necesidad de contestarla.

Lamentaría que ese concepto se arraigara en la conciencia de nuestros hombres de gobierno. Querer resolver el mejoramiento de nuestra situación actual acrecentando el progreso y el desenvolvimiento material del país, sería lo mismo que recetarle agua en abundancia á un enfermo de hidropesía, ó hatar de caramelos y bombones á un enfermo de glucosuria.

Si algún síntoma alarmante se observa en el país, es ese desequilibrio, esa enorme desproporción entre el progreso material, entre la extraordinaria actividad económica y el estancamiento, casi el retroceso, de nuestras costumbres políticas, y la inercia casi absoluta de nuestra democracia.

La grandeza de las naciones no se mide únicamente por su desenvolvimiento material: pueblos hubo que alcanzaron el más alto grado de desarrollo económico, pero fué transitorio, fué efímero, porque cuando falta la otra base, menos brillante pero más consistente, cualquier contraste precipita la descomposición y la ruina. Entonces yo quiero para nuestro país muchos ferrocarriles, muchos puertos, mucha inmi-

Reunión núm. 63

CAMARA DE DIPUTADOS

Noviembre 20 de 1911

gración, muchas cosechas, muchos millones en la caja de conversión, muchos recursos en las arcas fiscales del Estado... pero quiero también que nuestras instituciones libres se apliquen honradamente; quiero, en fin, que su espíritu salvador se identifique con el espíritu del pueblo, porque esta es la única manera de asegurar su bienestar, su tran-

quilidad y su grandeza por los siglos de los siglos! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Lacasa—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Siendo la hora avanzada, queda levantada la sesión.

--Son las 7.25 p. m.